

EL ACECHO

Ercole Lissardi

El acecho





Santiago Arcos editor

PARABELLUM / FICCIONES

Dirección Editorial

MIGUEL A. VILLAFañE

Diseño

Cubierta: ANA ARMENDARIZ

Interiores: GUSTAVO BIZE (gustavo.bize@gmail.com)

© Ercole Lissardi, 2016.

© Santiago Arcos editor, 2016. Puan 467 (1406) Buenos Aires

www.santiagoarcos.com.ar

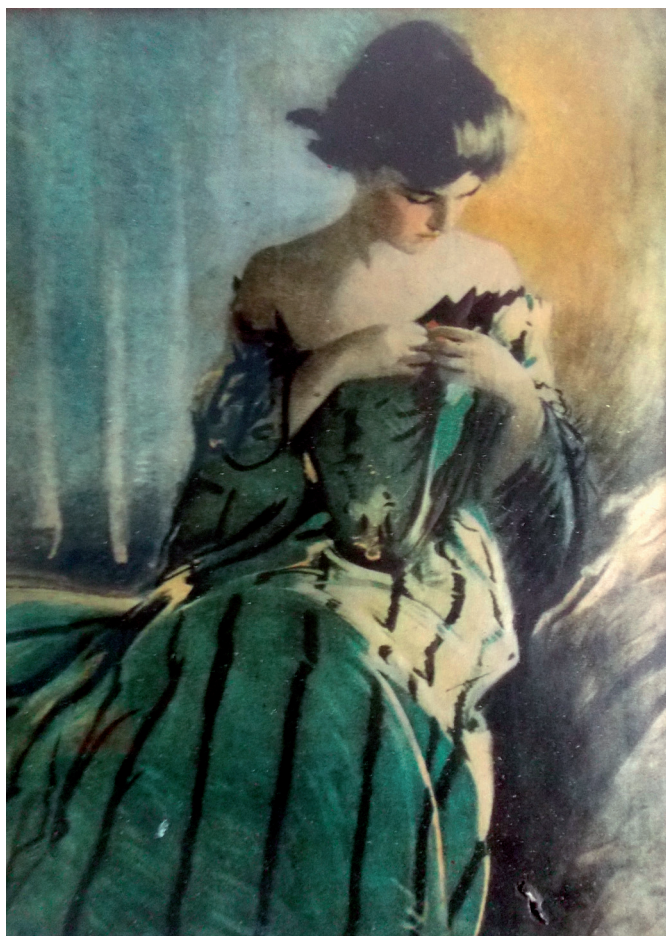
e-mail: santiagoarcoseditor@uolsinectis.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

ISBN: 978-987-

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.



I

EN EL PRINCIPIO FUE la imagen: un cuadrito en la pared del dormitorio. Lo noté ya el primer día, cuando después de almorzar me recosté para una siesta. El rectangulito colgaba a poco menos de dos metros de la punta de mi nariz. Una mujer de espaldas, pelo negro, melena corta, vistiendo un impermeable tipo trinchera, mirando hacia —o a través de— un recuadro luminoso, una ventana probablemente. Más allá de que en el momento de tomar nota del cuadrito no tuviera los lentes puestos, sentí que había en la imagen, en el estilo de la imagen, claroscuro, algo de impreciso, de indefinido, de inquietante, digamos. Además, siempre una imagen en la que vemos sólo a alguien de espaldas tiene algo de misterioso. Inevitablemente invitaba a preguntarse “¿qué hace esta mujer? ¿qué mira?”.

Recuerdo que, parpadeando al borde de la siesta, pensé “es como el retrato de espaldas de Goethe, en pantuflas, apoyado en el alféizar de la ventana de su casa en Roma, mirando a la Via del Corso”. En efecto, dejando de lado la ausencia de detalles, la casi abstracción, la retórica expressionista del cuadrito que tenía delante, ambos invitaban a la misma pregunta “¿qué mira?”. Pregunta a la que el retrato de Goethe respondía “no importa qué mira, lo que importa es que es él, es Goethe, el Superhombre, espiado en su intimidad, mostrado como simplemente un fulano en pantuflas asomado a la ventana”, mientras que el cuadrito colgado en la pared del dormitorio de la casita que

alquilé en un balneario medio pelo de la costa uruguaya respondía “esta mujer mira la luz, nada más eso: la luz”. Un misterio de morondanga, digamos, porque la luz como símbolo, como interlocutor, es de todos los misterios, probablemente, el más trillado.

Antes de terminar de aflojarme y de deslizarme siesta adentro, antes aun de preguntármelo, sabía que la imagen había sido producida al final de los años cuarenta. Me lo decía el expresionismo coquetamente sombrío, tan seguramente como lo proclamaba el atuendo de la dama, de hombros anchos, tan de moda por entonces. De pique no más, la bauticé. La mujer de espaldas era la Existencialista. Por la época en que fue pintado el cuadro, por sus referentes icónicos, pero también, por el contenido mismo de la imagen: si estaba de espaldas a mí, al observador, era porque estaba de cara a su destino, un destino de luz grisácea, sucia, un destino triste, o directamente aciago.

Olvidé la imagen. Una imagen sin importancia. Demasiado vaga como para atrapar con fuerza la mirada. Espuma en el remolino de las infinitas imágenes. Hasta que, un par de días después vine a conocer el revés de la trama. Literalmente. El quid no estaba en ningún oculto detalle de la cosa misma sino en el ojo del observador. Me explico: sucedió que me recosté para la siesta teniendo puestos los lentes para ver a distancia, y que mi mirada se detuvo sobre el cuadrito. Sorpresa. No era el mismo cuadrito. Alguien, algún duende juguetón se lo había llevado y había puesto otro en su lugar. Pero ¿realmente no era el mismo cuadrito? El tamaño era el mismo, y los colores dominantes eran los mismos, el fondo luminoso era el mis-

mo. Sólo que había cambiado nada menos que lo representado. Ahora lo que había era una jovencita, de frente, sentada en un sillón, con un vestido de fiesta largo que le dejaba los frágiles hombros desnudos. Está totalmente concentrada, la cabeza inclinada hacia delante, solucionando un inconveniente que presentan —al parecer, porque el detalle no es muy claro— las flores que lleva cosidas en el escote de su vestido.

¿Cómo era posible semejante cambio en la imagen? Somos tan racionalistas, estamos tan acostumbrados a que todo se ajuste a la más pedestre de las lógicas, que disfruto intensamente los momentos de total desconcierto, los momentos en que la realidad más sólida y evidente me toma de sorpresa y las cosas no encajan y no sé qué pensar. Durante segundos deliciosos e interminables me resultó imposible hacer de las dos imágenes una, lograr que coincidieran, que fueran lo mismo, la dulce e ingenua jovencita y la misteriosa mujer de espaldas, la curtida heroína existencialista, el desvaído rococó y el expresionismo coqueto. Después, de pronto, comprendí. La clave estaba en mis anteojos. Me los saqué. Volví a ponérmelos. Sí, era una especie de *trompe l'oeil*... involuntario... sí, seguramente involuntario. Con los lentes era la Ingenua, sin los lentes era la Existencialista. Me estuve poniendo y sacando los lentes una y otra vez. La misma imagen con foco, sin foco. Pero era tajante la diferencia. No era que si sacándome los lentes me esforzaba terminara por distinguir a una en la otra, y viceversa. No. O la una o la otra. Dos imágenes radicalmente diferentes. Cuanto más comprobaba la irreducible diferencia repitiendo el experimento, cuanto más do-

mesticaba el *trompe l'oeil*, más indigerible se me hacía el misterio. Una misma imagen era dos imágenes, insolubles la una en la otra. Increíble. Fantástico. Pero cierto.

* * *

Después hubo otra imagen. Fugaz ésta, irrecuperable, de efecto retardado pero poderosa, como una bomba de profundidad. Estaba en el jardín de la casa, hundido en una reposera, ensimismado en la lectura, cuando de pronto oí voces y risas. Provenían de la casa de enfrente. Un grupo de personas conversaba en el porche de la casa. Una anacahuita apenas me permitía entreverlas. Sólo veía con precisión la mitad trasera de un perro que estaba parado detrás de la columna de apoyo del porche. El perro era un bóxer, y si se mantenía inmóvil seguramente era porque una correa enroscada en el puño del amo lo inmovilizaba. Era de pelo atigrado, pero tan oscuro que a la distancia parecía negro. Vi sus patas estiradas hacia atrás, tensas, el muñón del rabo enhiesto, el bulto genital. El ángulo muy abierto que formaban las patas traseras con el tronco —característica manera de pararse los bóxers— le daban al medio animal que alcanzaba a ver algo humano. Humano y obsceno. Volví a la lectura, pero no pude concentrarme. La impresión de homúnculo musculoso y oscuro, excitado y tenso, que me dejó el bicho no me abandonaba. Lo busqué con la vista, pero el parloteo de los vecinos había cesado y el animal ya no estaba allí. Me paré y avancé hasta la calzada, pero ya no lo vi. Confié, por supuesto, en que, por más intensa que fuera, la perturbadora sensación de obscenidad terminaría por diluirse. No fue así.

La imagen persistía en mi mente. Pronto comprendí que, en la impresión que persistía, nada tenía que ver el bóxer, es decir: el animal en cuanto tal. En realidad yo no había visto un bóxer sino la mitad trasera de un bóxer. Misma que, debido a esa peculiar manera de pararse de los bóxeres, había mutado, en mi mente, en la mitad del cuerpo de un homúnculo. Lo que el vecino invisible traía con la correa no era un bóxer sino un homúnculo musculoso, oscuro, desnudo, excitado, obsceno. De más está insistir en la confusión que me causó tomar conciencia de esta especie de desplazamiento. Un homúnculo llevado con una correa. ¿Llevado por quién, a dónde? Entonces —digo entonces, como si el asunto tuviera una especie de continuidad más o menos fluida y no fuera, en cada uno de sus momentos, intempestivo, imprevisible—, en algún momento fuera del tiempo, es decir, en mi delirio, por detrás de la columna o pared o muro o bastidor o bambalina que medio me ocultaba al bóxer casi negro y casi homúnculo, asomó también —pero en corte longitudinal— medio cuerpo del amo, justo lo suficiente para ver que vestía ¡en pleno verano! un abrigo negro de cuero, y botas de cuero negras y brillantes, lo suficiente como para reconocer, instantáneamente, el atuendo invernal de un oficial de las SS.

Un oficial de las SS llevando de la correa un homúnculo. “Bien” me dije “con que esas tenemos”. En una bella y luminosa tarde de verano, apta para el encantamiento con las bellezas del mundo y de la vida, cualquiera puede padecer subconscientemente una mutación maligna de sus percepciones más triviales. No parecía nada grave. Mutación, *trompe l’oeil*, o deslizamiento. Como con el cuadrito. Uno

puede ser propenso a este tipo de deslizamientos entre lo real y lo imaginario, entre lo trivial y lo inquietante, entre lo ingenuo y lo maligno. Nada que no se cure o controle con algún tipo de pastillita, en el supuesto que uno lo padezca como un problema, que no es mi caso.

* * *

No me gusta la playa ni me gustan los baños en el mar. No sé por qué —gastando dinero que no tengo y que en todo caso podría gastar en mil cosas más interesantes— sigo adelante con el absurdo ritual de alquilar en enero una casita barata, y siempre incómoda hasta lo insufrible, en algún balneario de medio pelo de la costa de Canelones. Mientras vivía mi madre tenía sentido simplemente porque ella creía que le gustaba y que era lo que había que hacer en verano. La traía y soportaba el mes de vacaciones sin cuestionarme nada. Pero hace años que mamá murió, y aunque el ritual me irrita cada vez más, no consigo sacármelo de encima. A mediados de año empiezo a soñar despierto con las maravillas del verano junto al mar, y acercándose el fin de año corro a reservar mi nicho estival, sin recordar en absoluto mi decisión de ya no hacerlo. Sólo cuando estoy aquí, hundido hasta el cuello en el disgusto y la incomodidad, me acuerdo de que ya no quiero más de esto.

Del Río de la Plata a la altura de la costa de Canelones poca cosa de bueno hay para decir. Cuando el agua no es marrón como consecuencia del arrastre fluvial, está revuelta y sucia como consecuencia del vertido de detritos de toda índole y de las corrientes caprichosas. Pocos días,

al menos en verano, el agua está transparente y limpia, oceánica, digamos. Generalmente en esos días es que vienen a morir en la orilla miríadas de medusas. Voy a la playa de mañana. Sombrilla, reposera y un libro para leer. Pronto me distraigo observando el desfile de gerontes que entran al agua para mear. Avanzan a paso lento hasta que tienen el agua por la cintura, mean apartando con ambas manos el agua frente a sí, tratando de que no se les pegue el olor, y salen caminando despacio, como si les costara empujar el agua, convencidos de que nadie ha sospechado lo que han hecho. No sólo los gerontes, obligados por los caprichos de su micción, lo hacen. También lo hacen los jóvenes en caso de urgencia o de pereza para alejarse hasta detrás de las dunas. Yo también lo hacía. Hasta que uno de esos días de agua perfectamente transparente el chorro que solté salió con sangre. Arenilla en un riñón, nada grave. Pero una mujer vio la nube roja antes de que yo pudiera dispersarla. Gritó. Fue un escándalo. Los insultos y las condenas de toda una patota de ciudadanos tan hipócritas como indignados me persiguieron hasta que salí de la playa. No volví a ese balneario.

* * *

Este año, a los pocos días de bajar a la playa, ya había elegido la mujer de la cual enamorarme. Estoy enamorado. Nunca elijo a tales efectos lo que el mundo coincide en llamar mujeres hermosas. Para mí no cuentan. En primer lugar porque sé que ese tipo de mujeres nunca tienen en su mente más que el problema de cómo obtener la máxima rentabilidad del efímero capitalito que sería su

presunta belleza. Por consiguiente no puedo en absoluto imaginarlas —y la clave es esa, imaginarlas— dándome bola, valorando lo que soy, que es todo lo que tengo para dar. Mi búsqueda va dirigida a lo que llamo mujeres reales. Reales porque me serían —siempre imaginariamente, por supuesto— accesibles, pero a la vez porque serían capaces de apreciar la realidad, mi realidad, se entiende. Mis amores de verano son particularmente intensos. No es raro, considerando que rara vez que las veo no están medio desnudas, es decir, en traje de baño. De hecho, ahora que lo pienso, es posible que esta peculiar intensidad de mis amores de verano sea la mejor si no la única buena razón que tengo para seguir con el ritual del balneario.

A la de este verano la he llamado Alina. Nunca sabrá que escogí ese nombre para ella —nunca habré de pronunciarlo para ella—, pero se me hace que si lo supiera, lo aprobaría. Sobre todo porque le va perfectamente. Hace juego, por ejemplo, con sus cejas. Sus cejas gruesas y negras son dos semicírculos que lleva dibujados sobre la frente. Parece como si mirara todo como con sorpresa, como a punto de exclamar “¡Ah!”. Y esa A está dos veces simétricas en su nombre, dos veces que se corresponden con los semicírculos de sus cejas. Probablemente con este arqueamiento perpetuo de las cejas —que tan bien le queda, que tan invitador resulta, al punto que fue sin duda lo primero que me atrajo en ella— todo lo que ella busque sea retrasar en cuanto sea posible el advenimiento de las patas de gallo, darle un poco de pelea a las arrugas. No importa. Lo que importa, lo que me importa, son las aparien-

cias. Ella va así por el mundo. Con esa cara de niña asombrada en ese rostro duro, un poco hombruno, marcado por la decepción.

A media mañana, junto a su amiga, creo que siempre la misma, recorre la playa, de Este a Oeste y luego de regreso. Ni idea tengo de cómo es la amiga. Desde el principio no he tenido ojos más que para Alina. Alina tiene el pelo enrulado. Y lo lleva corto, tipo melena. Se lo sujeta con una vincha ancha sobre la frente. Hacia atrás los rulos se le disparan como llamaradas cortas y negras. Está recontrabronceada. No es alguien que vino al balneario a pasar unos días. Para tener ese bronceado hay que empezar a tomar el sol en noviembre. Vive aquí seguramente. Vive aquí y sola. La niña asombrada o mujer decepcionada vive sola en este lugar desolado doce meses al año. Extraño personaje. Raro. Como yo.

Pasa a mi lado, se aleja. Alina es una mujer sin culo. No tiene nalgas ni cintura ni caderas. Algo inaceptable. El suyo es un cuerpo perverso. Por debajo de las tetas su cuerpo es escueto como el de un escualo. Pero tetas tiene, y sus hombros son anchos y su cuello fuerte. Hay pues en el conjunto de su figura una especie de desequilibrio, que sería mayor si sus piernas no estuvieran musculadas. Alina no es de los que caminan por la playa unos días al año. Estoy seguro. Ella lo hace en verano y en invierno, llueve o truene, tan puntual como Kant en sus caminatas. A Alina le preocupa quizá cómo se ve, pero no tiene talento para la coquetería. Su traje de baño, de dos piezas, es un error. El calzón es negro y el corpiño blanco. Con eso lo que logra es que sus caderas se vean aún más pobres, y su pecho más opulento,

acentuando así el desequilibrio. Debió escoger los colores a la inversa.

Camina rápido, con decisión, con energía. No corre, claro está, pero va como si el deber la llamara. No se está mostrando. Alina no sabría mostrarse. No le presta atención al público. Ella está cumpliendo con su ejercicio diario, caminando al mismo ritmo siempre. No le importa si la playa está atiborrada de gente o desierta. Porque en realidad no ve nada. Sus grandes ojos asombrados no ven nada. Un par de veces al verla venir me he parado en su camino, de manera que tuviera que pasarme muy cerca. Sería un ingrediente no menor de nuestras intensidades —de las intensidades que le dedico— la posibilidad de reinventarme en su mirada. Pero no me ha visto, no me ve. Nada personal, estoy seguro. Mira todo y no ve nada. Como si fuera ciega.

Después, cuando intento que viva para mí, en lo íntimo de mi mirada interior me doy cuenta de que la reconstruyo como si fuera un rompecabezas. Pelo salvaje, ojos de niña, boca golosa —de labios gruesos, carnosos—, quijada masculina, y una inocultable expresión de decepción y desconsuelo; hombros masculinos, manos masculinas, pecho de mujer, y caderas escurridizas, escuálidas, montadas sobre muslos vigorosos. Armada pieza por pieza en mi mente, empieza a moverse, pero torpemente, como el monstruo de Frankenstein. No me importa. Ya sabré sacarle lustre, ya sabré enfervorizarme con los secretos de su belleza. Apenas empieza enero. Hay tiempo por delante. Seré paciente.

Al principio no comprendía la insistencia del recuerdo. Cerraba los ojos y veía a Piacentini haciendo su numerito, tan cómico, pero no veía la relación. Aunque tampoco la buscaba. Al fin y al cabo “¿Qué?” es una de mis películas de culto, y la viñeta de Piacentini es uno de sus momentos deliciosos. Gianfranco Piacentini era por entonces uno de los latinlovers más notorios de la Riviera. No tenía interés en una carrera en el cine y si aceptó aparecer en “¿Qué?” fue seguramente porque el célebre Polanski le ofreció una escenita a su medida: se trataba de que hiciera una parodia de sí mismo, una parodia bufa, al borde del grotesco. Su personaje, Tony, es un infeliz que no puede parar de cojer. “Llevás cuatro en la mañana” le dice su amigo Jimmy cuando se lo encuentra en plena faena. Su agotamiento dura muy poco: unos minutos perniabierto y sudoroso — como el Fauno Barberini— y de pronto salta como alcanzado por un toque eléctrico. Se para como si tironearan de él los hilos de un titiritero, la verga enhiesta hendiendo compulsivamente el aire. No es humano, es subhumano, no es dueño de sus actos, es incapaz de oponer nada al impulso brutal que lo domina.

La viñeta de Piacentini y el personaje de Mastroianni en “¿Qué?” se responden como en espejo, un espejo deformante. Mastroianni, que fue para el público de cine de los sesenta la encarnación del *latin lover* a la italiana —para sacarse esa segunda piel en los setenta trabajó con cineastas “intelectuales”—, también hace la parodia, grotesca también, del *latin lover*: su personaje, Alex, es el seductor decadente, decrepito, devenido vividor, cafisho, y necesitado ya de los estímulos más extremos para lograr

coronar una nueva conquista, porque lo que para Tony es de una irresistible facilidad para Alex se ha vuelto de una irritante dificultad. Si Tony está marcado por un tic físico —ese caminar cogiendo el aire—, Alex también lo está: continuamente lo acosa una comezón por demás sospechosa. La viñeta de Piacentini está tan lograda que no le cede en nada al personaje de Mastroianni. No tiene, pues, nada de extraño que cada tanto, por puro placer, me venga a la memoria.

Y sin embargo no era por puro placer que la recordaba. Era el homúnculo el que la convocaba. El homúnculo, tironeando de su correa. El homúnculo en busca de identidad. ¿Qué soy? ¿quién soy?, pregunta, en plan de trivia. Y tironeando de su SS va a dar a la mansión de Carlo Ponti, colgada sobre el Mediterráneo, en la que el polaquito filma “¿Qué?” para consolarse de que no pudo filmar “Candy”, y tomando para protagonista a una subactriz, modelo de ingenuidad casi robótica, que cuatro años antes estuvo a punto de conseguir, precisamente, el protagónico de “Candy”. ¡Qué susto para Polanski, que se salvó de los nazis en el anca de un piojo, cuando comparecen en la terraza el SS con su abyecto uniforme y con el homúnculo tironeando de la correa! Pero no es a él a quien buscan, no a él que apenas puede con el anodino personaje —Mosquito— que personifica personalmente. Buscan a Tony que, tironeado a su vez por los hilos de un titiritero —la incontenible compulsión de coger que lo domina—, saca toda la lengua y la agita, veloz como la de un gato, lamiendo el aire, en dirección a Nancy, la Candy de Polanski, en muda oferta. A él y sólo a él busca el homúnculo, a él y sólo a él apunta el mo-

loso del SS. ¿Por qué? ¿Para qué? Para mostrármelo, como si yo no supiera que ambos son monstrueques itifálicos de la misma ralea.

* * *

Es casi perfectamente regular. Como la menstruación de las mujeres. Me acaece cada diez o quince, máximo veinte días despertar con una erección impertinente, imperiosa. Y tan embotado en un ensueño sensual que me es difícil no ceder y entregarme a las manipulaciones. Pero no. Si le doy por su lado apenas comparece es peor: la debilidad se aferra, me gana, y no me la saco con nada. Además esta vez tengo a Alina, que enseguida se me hizo presente, como un ángel de la guarda. Nada de apuros, tenemos que jugar, que elaborar la cosa. Ella se lo merece, va a proporcionarme una magnífica asistencia, estoy seguro. Pero no ahora, no ya. Inquieta, se ha sentado a los pies de la cama. Nerviosa mira de reojo cómo la erección levanta la sábana, como en una comedia cachonda. La empuño así, encapuchada. Alina se sobresalta, se le agita la respiración, le tiemblan los labios. Uf, se ve que Alina es muy sensible. Traga la saliva que le llena la boca. Separa apenas las piernas. No debió venir así, en dos piezas. Pero es que no le conozco ropa de calle. Sólo la he visto en la playa. Alina está caliente. Se ve que no está recibiendo su merecido. ¿Cuándo fue la última vez que se dio una alegría? Meneo apenas a la encapuchada, apenitas, como una especie de promesa. Después salto de la cama, huyo, ahora no, hay que dejar que crezca la bola de nieve para que la profilaxis sea perfecta, para que salga todo y me deje en paz por un

buen rato, diez o quince días en promedio, a veces más, pero también a veces, menos. Una ducha de agua fría, café con tostadas y a la playa.

* * *

Comparecen Alina y su amiga. ¿A la amiga también tengo que ponerle nombre? Es menuda, delgada. Rubiona natural, me parece. Es, básicamente, lo que se puede llamar un ser anodino. Usa traje de baño entero, de un verde amarillento, como deslucido. Pero hay una fuerte familiaridad entre ellas. No necesitan estar conversando, ni al conversar necesitan mirarse o acompañar las palabras con gestos. Un aura las enlaza, y acompasa su caminar. Está coloradota la amiga. Llegó hace poco al balneario. No vive aquí. Ha venido a visitar a Alina. Son amantes. Clic. Así, de repente me pareció evidente que son amantes. Amantes quizá, pero no pareja. No viven juntas. Se me ocurre que si hay algo entre ellas la petisa, la amiga, encarna el principio masculino. Con todo y sus hombros anchos y los músculos de sus muslos, esa cosa de sorpresa, y por consiguiente de indefensión, que hay en el rostro de Alina, denuncia sus fragilidades. En cambio en la otra, en los labios finos y apretados, en sus mandíbulas, que adivino apretadas, hay un gesto como de carácter, como de resistir hasta el final. Prepárense, chicas, porque va a haber un tercero —esta noche mismo quizá— en la cama con ustedes. Prepárense porque voy a entrar a saco en lo más íntimo de sus abrazos.

No atraigo a las mujeres. El físico no me ayuda. No quiero decir que sea por eso que no tengo mujer, o mujeres. La tuve y las tuve. Siempre hay un roto para un descosido. Si

ahora las cosas son como son es porque así las prefiero, o porque así son mejores para mí. En todo caso son así por una opción libérrima. Pero que el físico no me ayuda es una realidad indiscutible. Pese a que tengo una gran resistencia física soy flaco y desgarrado, esmirriado al punto de verme enfermizo, aunque no lo soy. Mi piel es de un blanco deslucido, grisáceo. Venir en busca del sol cada verano verdaderamente es una tortura para mí: apenas me roza el sol, por más filtro que me unte me pongo colorado, sufro día y noche, a grito pelado, por el ardor en la piel y luego, en vez de quedar con un atractivo bronceado, me pongo aún más grisáceo. Mis mejillas son tan hundidas que parece que me hubieran arrancado todas las muelas. Mi frente es enorme, y cuadrada. Calculo que si alguien se queda mirándome tiene que estar pensando que una frente así sólo puede ser pantalla de malvadas maquinaciones o de un importante retraso mental. Finalmente, mi mirada. Es tan intensa, tan impertinente, que para evitarme situaciones lamentables casi siempre estoy de lentes oscuros, y cuando no, ando con los párpados entornados, como si el sol, o el frío, o lo que hubiere, me molestara la vista. No es de creer a pies juntillas, por supuesto, esta descripción que hago de mí mismo. Es narcisismo al revés. Lo que sí es cierto es que imagino con terrible intensidad, vívidamente. Y que lo que imagino me perturba. Y que no lo puedo controlar.

* * *

Al recostarme para la siesta, ya echado el suspiro hondo, en una mirada fugaz, de reojo, la Existencialista se me

antoja desnuda bajo su impermeable trinchera. Pero sí, claro, está desnuda. ¿Cómo pude no saberlo antes? ¿Por qué si no podría llevar ese atuendo y no otro? ¿Acaso el impermeable trinchera no es emblema de la coraza, del encerrarse y defenderse? ¿Y qué se defiende si no la intimidad, la desnudez? ¿Pero a la vez, para qué hay un adentro si no es para cederlo, para traicionarse entregándolo, bebiendo del cáliz de la humillación hasta las heces? Atrincherada en su atuendo coraza, pero, de cara a la luz, dispuesta, pues, a abrirse, a la entrega, a la desnudez. Sí, por eso está de espaldas, porque tiene que estar de cara a la luz, a la luz que le va a quemar la piel apenas desabotone la trinchera. Porque la luz es la mirada. De pronto todo se me hace evidente. Es que sólo en el involucramiento pasional, en el subjetivismo extremo, es posible la comprensión. Comprendo la imagen porque me he involucrado pasionalmente con ella. Ahora sé por qué la mujer está de espaldas, y por qué usa un impermeable trinchera. Va a traicionarse, a darse a una mirada que no desea. Porque sin duda que es así: ella va a darse a una mirada que no desea. Si deseara esa mirada toda esta escenificación no tendría sentido. La que sí desea esa mirada es... su reverso, la Ingenua, la que aparece cuando me pongo los lentes. Ella está vestida para atraer esa mirada, sus hombros están expuestos para eso, se arregla la flor en el escote para eso, para que en ella ancle, de una vez y para siempre esa, una, la mirada.

Evidentemente que se trata de un *trompe l'oeil* y no de un efecto involuntario, todo funciona demasiado lógicamente como para que se trate de una casualidad. *Trompe l'oeil* para miopes. ¿A quién va a darse, con quién va a trai-

cionarse la Existencialista? No con alguien que paga. Ella no se vende, no es una puta. El comercio de la puta no merece tanto misterio. ¿Entonces? ¿A quién? ¿A quién cuya mirada se figura como una luz cegadora? La luz que ciega es la luz del poder, es la luz del que interroga a su prisionero. La mirada que se presenta como luz cegadora es la mirada del que se esconde detrás de la luz cegadora. Tú estás bajo la luz, a la vista, yo no. Yo puedo juzgarte, tú a mí, no. Entregarse a la luz, a la mirada, es entregarse al poder. ¿Se trata de un juego, un juego de poder? ¿O hay algo real en juego en este enceguecerse, en este traicionarse y darse a la mirada? Hay sí, algo en juego, como lo hay en el deseo de mirada de su reverso, la Ingenua. El deseo de mirada de la Ingenua es el deseo del semen, de la inseminación, del ser poseída, del devenir mujer, del parir. También hay algo real en juego en el traicionarse y darse a la mirada de la Existencialista. A la mariposa nocturna que se acerca a la luz terminan por quemársele las alas, como a Ícaro se le derriten por acercarse demasiado al sol. Al ofrecer su desnudez a la mirada la Existencialista estará quemándose las alas. Estará reduciendo a cenizas aquello que le sirvió, o que podría servirle para volar.

Me quedo ahí. Seguir adelante sería ya no sobreinterpretar sino directamente abusar. Un perrito histérico le ladra a un ciclista. Lejos el motor de una cortadora de césped taladra el calor del mediodía, taladra la luz implacable y quieta. A punto de dormirme vuelvo a abrir los ojos para comprobar que sigue ahí. Sí, ahí está, nítida y tajante la Existencialista. Sólo para los miopes. Pronta para ofrecerse. Quizá para ser rechazada. Y con una mueca de mujer

vencida, me dijo “Es la vida”, y no la vi más. El cuadrito de la Existencialista bien podría servir para afiche de la canción de Gardel. Y al de la Ingenua tampoco le faltará letra en el repertorio del Zorzal.

* * *

Emerjo trabajosamente de entre los sopores de la siesta con una erección francamente alarmante. Alina se materializa de inmediato. ¡Otra vez con su dos piezas! No quiere eso. Debe de oler a bronceador, y un poco a sudor, y va a meter arena en mi cama. Le hago que no con la cabeza. Tiene que ser a mi manera. Cierro los ojos para no verla, para que desaparezca. Pero ¿qué voy a hacer con esto?, me pregunto —pura retórica, por supuesto— empuñando y blandiendo a la encapuchada. Sé muy bien qué voy a hacer con eso. Sólo que no es el momento todavía. Cuando se convierta en cuerno, ya no de marfil sino de diamante. Ahí es cuando. Pero ¿qué bueno está empuñarla así, amortajada con la sábana! Es como si la empuñara una mano ajena. Y a la vez propia, porque sabe muy bien qué quiere la encapuchada, y cómo lo quiere.

También poniéndose un guante se consigue ese milagro de la mano propia y a la vez ajena. Hubo una época en que coleccionaba guantes. De látex, de algodón, de cuero, de todo tipo de sintéticos, duros, blandos, grandotes o ajustados. Todo tipo de guantes. Me recuerdo comprándole al doble de precio los guantes al tipo que amarraba un barco de pesca en el muelle de Piriápolis. Me recuerdo comprando guantes de ciclista, y guantes de cabritilla, elegantísimos, para dama, y guantes blancos para la Primera

Comunión. Me recuerdo, no sin vergüenza íntima, comprándole —furtivamente, a las apuradas, como antes se compraba la droga— los guantes al recogedor de la basura. Fue una época loquísima. Desarrollé una verdadera obsesión. A menudo, en el momento mismo de adquirirlos, fuera comprándolos o robándolos —robé guantes de fajina en una chacra que visité por motivos de trabajo—, ya en ese mismo momento de la transacción o el robo, estaba en erección. Me sucedió tener que detenerme en la huida, hacer una escala técnica para darles a los nuevos guantes una probadita. Esa obsesión alcanzó su ápice, y se diluyó, cuando conseguí, a precio de oro, un par de guantes hechos con piel humana. Guantes ya viejos, pero con muy poco uso. Habían sido conservados con cuidado, como una especie de curiosidad, que lo eran sin duda, o de reliquia. La piel dejaba ver, muy borrosos, tatuajes apenas comprensibles, pero sin duda obscenos. Fue demasiado. Sentí que había pisado un límite, una frontera, y que si daba un solo paso más, me iba al carajo. No voy a decir que aquellos guantes tuvieran vida propia, como las manos de Orlac, pero me parecía que tenían una especie de avidez sensual, y usarlos me ponía en un estado mental en el que era capaz de imaginarme incurriendo en cualquier tipo de exceso. El juego de la mano propia que es a la vez la mano ajena llegó a sensaciones de una ambigüedad tan intensa que me resultaron insostenibles. Incapaz de dar la cara para venderlos, terminé por lanzarlos dentro del incinerador del edificio. Ya no quise saber nada más de guantes. No he querido, por ejemplo, entrar en el mundo de la virtualidad, de los guantes electrónicos. Quizá sea un prejuicio.

cio, pero siento que por el camino de la virtualidad se llega pronto a un punto en el que, por supuesto, uno no controla el juego. Ya no es el juego de uno. Las posibilidades están sutilmente predeterminadas. El juego se vacía de sentido. Aunque quizá las intensidades justifiquen esas limitaciones. No sé. Necesito más información al respecto.

Sería pues el momento de ir a darme una ducha fría, de aplazar el momento una vez más, otra vez, como sea, día tras día, hasta que el apocalipsis sea torrencial e incontenible, hasta que el producto de la flaqueza sea la plenitud del vacío. Amor *vacui*. Higiene. Equilibrio. Serenidad. Tan a fondo como para no padecer sensualidades demasiado a menudo. El problema es que no consigo salir de la cama, la modorra no me suelta, no termino de abrir los ojos, me abruman las sensaciones, centímetro a centímetro me aproximo al abismo de la sensualidad. Tengo la seguridad de que si esa mano ajena que tiene inmovilizada a la encapuchada tironeara apenas un poquito, me llevaría la correntada, no tendría tiempo ni para decir me rindo. La mancha saltaría y me devoraría. Me rindo. Pero no pasa nada. No suelto el chorro. ¿Por qué no lo suelto? Hasta que finalmente comprendo. Esa mano no es mi mano jugando a ser mano ajena. Es la mano de Alina. No abro los ojos. No quiero darle confianza, no quiero que vea en mis ojos debilidad ni complacencia. Y no quiero que venga a verme en dos piezas, sudada, hediendo a bronceador, sin darse una ducha. No abro los ojos, pero no retiro su mano. Sé que si abro los ojos voy a encontrarme con su mirada de desconcierto. Mirándome fijo, como si no comprendiera qué hace agarrada de la pija de un hombre tan feo.

Con un alarde extremo de voluntad, tomándola por sorpresa, ruedo sobre la cama hasta caer al piso, de rodillas. *Vade retro*, Satanasa. Al ponerme de pie quedo de cara al cuadrito. De tan cerca no necesito los lentes para ver a la Ingenua. Sus hombros frágiles y desnudos, sus manitas atareadas. ¿Qué es una Ingenua? ¿Existe la ingenuidad? No, ya no. Hoy —quizá siempre fue así— sólo puede ser una pose. Con el atiborramiento infernal de información que padecemos una Ingenua sólo puede ser una perversa o una idiota. Pero algo quiere decirme el maldito cuadrito. Algo que tiene que ver con los hombros frágiles de la Ingenua. Me alejo de él para calzarme las romanitas y cuando desde el otro lado de la cama vuelvo a mirarlo lo que veo es a la Existencialista. Quizá culpa de la trinchera, pero sus hombros son anchos. Era la moda. Hombros frágiles. Hombros anchos. Así vamos, paso a paso.

* * *

Leo las memorias de Rudolf Hoess, Comandante de Auschwitz entre 1940 y 1943. Horas leyendo. Aquí en el balneario no hago más que ir a la playa, dormir y leer. En realidad ya no quería saber más sobre el genocidio nazi. Conocer lo que fue la destrucción de las ciudades alemanas por los bombardeos de los aliados y conocer lo que fue la invasión de Alemania por los rusos me sacó las ganas que me quedaran de saber más del conjunto del asunto. Estas memorias no había llegado a leerlas cuando decidí cortar con el tema, pero al preparar la cajita de libros destinados al ocio estival, por alguna razón misteriosa se coló, se vino de polizonte. Lo tomé con la intención de echarle

un ojo, nomás para descartarlo definitivamente, para sentir el rechazo, la náusea, para asegurarme de que el tema ya no me interesaba. Pero no pude dejar de leerlo, de deslizarme por sus páginas fascinado por la idea de que pudiera tener tan buena opinión de sí mismo alguien que se había ocupado de gerenciar el asesinato de más de un millón de inocentes. Lo cual en realidad es ver las cosas al revés: precisamente porque tenía tan buena opinión de sí mismo es que el tipo fue capaz de gerenciar con absoluta eficiencia el asesinato de más de un millón de inocentes.

Era casi medianoche cuando leí lo que cuenta acerca del príncipe rumano, residente en Munich, que fue recluido en Dachau debido a su escandalosa conducta homosexual. Fue antes de la guerra y en Dachau sobre todo se recluía a prisioneros políticos, delincuentes comunes y homosexuales. La del príncipe rumano es una fábula erótica única e inolvidable. ¡Y tener que debérsela a Hoess! Al llegar a Dachau el príncipe se niega a pasar por las duchas. Al obligarlo a desnudarse se ve por qué: de las muñecas a los tobillos tiene todo el cuerpo tatuado con cada una de las “perversiones” sexuales que la sensualidad humana ha sido capaz de inventar. Dice que adquirió esos tatuajes en todo tipo de puertos, tanto del Viejo como del Nuevo Mundo. Cuando el fotógrafo de la Gestapo, siguiendo una rutina de control de identidad, empieza a fotografiar una por una las imágenes de su cuerpo-libro, el Principito ¡se empalma! Desnudo, frente a semejante pandilla de patanes, siendo esculdado cada pliegue de su piel ¡se empalma! Después, en su celda: si alguien entra, o, peor, si alguien lo toca, se excita tanto que empieza a masturbarse.

Evidentemente el Principito cree que gracias a sus sobradísimos méritos y esfuerzos ha sido finalmente admitido en algún tipo de Paraíso. Si el médico lo hace hablar de su condición, se empalma. Explica que toda su vida sufrió fuertes impulsos sexuales, para los cuales nunca le fue posible alcanzar total satisfacción. Dice que ha estado siempre buscando nuevas maneras de satisfacer esos impulsos. Quizá dice también, aunque Hoess no lo consigna, que ahí, en Dachau espera lograr la satisfacción perfecta. Encerrado en su celda —incapacitado para cualquier trabajo dada su fragilidad— se masturba continuamente. Se debilita más y más, cuenta Hoess. Le atan las manos, pero a la larga esto tampoco sirve. ¿Por qué no sirve? ¿Eyacula sin tocarse? ¿Se masturba frotándose los muslos? Un par de días después muere. Murió mientras estaba masturbándose, apunta, lacónico, Hoess. Se le practicó autopsia. No se le encontró anormalidad anatómica alguna.

En un solo clic, en un solo instante de iluminación, advino que el príncipe es el homúnculo de mi ensoñación diurna. El traje de homúnculo le queda que ni pintado. Es que Hoess no cuenta —toda honestidad tiene su límite— que los SS más jodidos sacaban al Principito a pasear, desnudo y con una correa al cuello. Aunque tironeado de la correa, el Principito no paraba de masturbarse. Lo sacudían los espasmos, pero ya no eyaculaba nada. A veces unas gotitas de sangre. “¡Es un homúnculo, no un hombre!”, se carcajeaban los carceleros y los torturadores. “*Der Homunkulus, der Homunkulus!*” se carcajeaban los SS que recordaban haber visto, de niños, el serial —mudo, claro está— con Olaf Foenss en el papel principal.

Tampoco cuenta Hoess que muerto el homúnculo se lo desolló y que un habilísimo artesano, el más hábil del Reich, confeccionó artículos en piel para dama y para caballero. Aunque no consta en sus diarios, sabemos que contó Goebbels, en un pisolabis con sus íntimos, que le fue enviada al Führer una preciosa billetera de piel humana, con tatuajes especialmente nítidos y bien logrados, y con broche de oro. El Führer estuvo olisqueándola un buen rato, y frotándola con la yema del pulgar, como tratando de borrarle el dibujito. No contó tampoco Hoess, pero esto no podía saberlo, que de esa exquisita producción con piel tatuada hubo un par de guantes que un nazi en su huida llevó a Montevideo. Son los que yo compré. ¿Cómo dudarlo?

* * *

Mañana sin playa. La sudestada la devoró. Cerca de mediodía voy al súper. Alina está en el súper. Primera vez que la veo vestida. Lleva uno de esos vestiditos de playa, muy cortos. Y muy viejo, descolorido. Calza romanitas. Viejas, las suelas gastadas. En vez de la vincha que usa en la playa lleva un pañuelo de colores atado a manera de vincha. Lleva aros grandes en las orejas, y pulseras de colores. Empuja el carrito sin apuro, totalmente absorta en la compra. A través de la tela muy gastada del vestido se adivina su calzón. Blanco. No un colaless pero bastante escueto. Ah, pícara. La sigo. Al principio con cierto disimulo, pero pronto asumo que aquí tampoco presta atención al entorno. Simplemente camino a un par de metros de ella, observándola. Tiene los labios pintados de un rosa pálido que le va pésimo con la piel tostada. Las uñas no se las pinta.

Me abstraigo tratando de memorizar sus uñas pintadas. No, nunca se las vi pintadas. En conjunto tiene, un poco bastante, pinta de vieja loca. Pero a la vez se desprende de ella un aura de fuerza, de energía. Tiene algo, sí, reconozcámoslo, de travesti, o más bien, de neurótico disfrazado de mujer.

¿Cuál es la edad de Alina? No sé calcular edades. Y por lo demás ¿qué importa? Pero lo intento, nomás por espíritu de trivía. ¿Treinta y pico? No, por más energética que se vea, hay en su cuerpo una cosa de pesado que sólo se consigue entregándose a la gravedad de la vida. Cuarenta y pico. Pudiera ser. Se explicaría así su aguerrida militancia contra la edad: las marchas forzadas, los ojos bien abiertos. ¿Cincuenta y pico? Entonces su paso enérgico de cada mañana sería un desafío, un demostrar lo bien que se conserva. Y la mirada de asombro sería una ingenuidad milagrosamente recuperada. La amiguita se llama Ana. Es como llamarse Equis. Todas las mujeres se llaman Ana. Antes se llamaban María. No es que me queje: yo nunca elegiría el nombre María. Ana vino unos pocos días al balneario. Se queda en la casa de Alina. Esta mañana sin playa la han pasado retozando en la cama. Cama de matrimonio. Quizá Alina compró la casa amueblada. O la heredó. Pero no creo que Alina sea viuda. Claro que no. ¿Quién se casaría con una zombi? El lápiz de labios con el que Alina se ha pintado es de Ana. No le queda bien, pero como está enamorada lleva la trompa pintada como una marca de pertenencia. Quizá se ha pintado de rosado también los pezones. Quizá los labios de la concha. Alina y Ana. A y a en común. Los nombres de mujer los elijo con

A y a. Amo a la letra a. La A grande es Alina, la a pequeña es su esmirriada amiguita. ¿Estoy celoso? Para nada, antes bien al contrario. Cuando me toque tenerla quiero ver en sus ojos las marejadas contrarias, quiero verla rendirse a la confusión de sus deseos. ¡Qué idea! Desde que la vi por primera vez supe que en ella encontraría una plétora de delicadezas.

Hartas de lamerse y de morderse, de pellizcarse y de penetrarse con los dedos han abandonado el lecho. A Ana le toca cocinar hoy. Ella hace tartas celestiales. A Alina le toca hoy hacer los mandados. ¿Qué lleva en el carrito? Fideos, dos tipos de yogurt —lo cual, claro está, confirma que Ana se está quedando en su casa—, paté, galletitas de salvado, vino blanco. Estoy tan cerca de ella, mirando tan sin disimulo en su carrito, que casi sería de orden soltarle alguna trivialidad —disculpe, pero ¿dónde encontró el paté?—, que podría derivar en una conversación acerca de las peculiaridades de los supermercados de balneario, y de ahí a quién sabe dónde siempre que ella se prestara a mantener la bola rodando. Pero no, ciertamente que no, no es para hundirme con ella en un sancocho de banalidad que necesito a Alina. Quiero seguir construyéndola a mi gusto y placer. No necesito para nada lo que ella sea. Me le acerco más. Ni lo nota, absorta como está en la lectura de la etiqueta de una lata de palmitos. Me lleno los pulmones con su olor. ¡Demonios, huele a rayos! A pachuli. Por el amor de Dios. ¿Este perfume usa? ¿O se puso también el perfume de su amiga? El susurro de mis narinas al inspirar la ha sobresaltado. Se vuelve hacia mí con sus ojos tan abiertos. “Permiso”, digo, y estirando un brazo, tomo una de las latas

de palmitos y sin más sigo de largo. Me pierdo de vista sin mirar atrás, con todas las alarmas en rojo. A punto estuve de perder mi presa. Si hubiéramos cruzado palabras quizá, o seguramente, se hubiera echado a perder lo laboriosamente imaginado. Incurrir en relación real, como se sabe, lo jode todo.

* * *

Algo ha cambiado desde que mamá no está y alquilo para mí solo. Alquilo más lejos del mar, en la periferia del caserío, buscando que el fondo de la casa dé a algún tipo de monte, sea de pinos, o de eucaliptos, o monte criollo. Las noches en que el cuerno muta a diamante salgo desnudo y descalzo a deambular por el monte. Única manera de soportar la rigidez. Frágil criatura domesticada devuelta al temor primordial, a la oscuridad y a la espesura. Es sólo un juego. Me cuido bien de no generar consecuencias lamentables. No me acerco a las casas vecinas. Y sólo salgo cuando la erección se ha vuelto definitivamente incoercible, cuando ya ni hundiéndola en una hielera afloja. Corro entre los árboles, los arbustos, los matorrales bajo la luz de la luna, o tal vez sólo de las estrellas. Corro hasta quedar sin aliento. Me lastimo los pies, me lastimo el cuerpo con las ramas bajas que me azotan en la penumbra. Me detengo, sólo oigo mi jadeo, los susurros del bosque. Goteo sudor. También un poco de sangre, en una rodilla, y en el pecho. Tengo la verga tan dura que me duele, como si fuera a rajarse, de arriba abajo. Me parece como si midiera el doble de su largo más optimista. Al correr se bambolea con un ángulo de casi noventa grados.

El año pasado mi amor se llamaba Adela. Aa. Era inválida, en silla de ruedas, tullida e insensible de la cintura para abajo. Ella comprendía mi amor, y se brindaba, pero sólo de la cintura para arriba. Le insistí para que me dejara cogerla, aunque no sintiera nada, pero fue inútil. “Vos sos como los que dicen que una mujer es lesbiana o frígida porque no probó con vos”, me decía. “Creés que si te dejo vas a lograr que sienta”. Cuando estaba de mejor humor me decía: “Lo que pasa es que sos un hijo de puta necrófilo, eso es lo que pasa”. De manera que nada: sexo oral solamente. Plato único. Repetido aburre, como todo. Pero enero se pasa volando, no llegué a aburrirme. Una buena chupada, un meneo y acabarle en las tetas. Después me la seguía chupando y era allí, cuando la erección empezaba a ceder, cuando ella acababa. Cerraba los ojos, meneaba despacito las caderas, se estremecía desde lo más hondo y quedaba jadeando, suavcito. “¿No que no tenías sensibilidad ninguna?”, le preguntaba yo amoscado. Y ella, burlo-na, o casi: “No por fuera, pero sí por dentro”. Allá ella, Adela la tullida.

Una noche en que el cuerno mutó Adela estaba conmi-go. Vio la primera mutación, a marfil. “¡No puede ser, no puede ser!”, decía, y aplaudía de entusiasmo. Le conté que en esas noches de mutación corría desnudo por el monte. Me insistió con que lo hiciera, con que quería verme haciéndolo. Me desnudé y empujé su silla entre los árboles. Difícil por el piso arenoso. Y corrí para ella. Había luna. Mi cuerpo blancuchento se plateaba. Yo corría de un lado para otro, acercándome y alejándome y alrededor. Sudaba, y me lastimaba, y la verga me crecía y ya no sentía nada

más que una deliciosa ensoñación y una falta de peso, de gravedad. De pronto me detuve frente a ella y entonces el marfil mutó a diamante. Adela tendió sus manos hacia mí y pensé que iba a pararse para venir hacia mí, para arrodillarse a mis pies y adorarme. Y en ese momento, sin que la tocara más que el aire, la erección se disparó, una y otra y otra vez, y el ámbar plateaba en el aire en un instante sublime. Todo sucedía como en cámara lenta, y Adela seguía con la mirada el vuelo de cada una de las lágrimas de semen hasta que permeaba tierra adentro. Entonces sucedió, le acerqué la verga inmensa y ella se metió lo que pudo en la boca, pero tan a lo loco que nos fuimos al piso volteando la silla. Adela me miraba con una mirada enloquecida y no decía nada, y entonces comprendí que era ahora o nunca, y le desnudé la entrepierna. No protestó. Le hundi el cuerno de diamante tan hondo como pude, y pude hundirlo para mi sorpresa casi todo. Así fue que me cogí a Adela. Y juro que sus piernas muertas rodearon con furia mi cintura, y que le estuve soltando marejadas de semen en el fondo del alma hasta que acabó gritando como una endemoniada. No obstante lo cual tuve que cargarla para devolverla a su silla de inválida, y volvimos al menú de plato único, como si todo aquello no hubiera sido más que un sueño.

* * *

Estoy enamorado de Alina. No me importa si tiene novia. Con su paso robótico, sus ojos asombrados y sus caderas escurridizas. Es como una muñecota. Es, quizá, unos centímetros más alta que yo. Hoy en la playa, viéndola

pasar con su amiga, tuve una erección. Nos acercamos al punto en que tendré que dejarla instalarse a su gusto y que haga de mí lo que quiera, o en que tendré que hacer de ella lo que se me antoje. Me tomó por asalto una idea loca, un raptó narcótico de nostalgia: tuve la tentación de aliviarme discretamente, allí mismo, en la playa. Ponerme la toalla sobre el vientre y frotarme despacito hasta soltarme. Pero no, ya no hago ese tipo de cosas. Antes sí lo hacía. Tenía los pantalones con los bolsillos desfondados, y llevaba conmigo siempre condones para no mojarme la ropa. Iba con las antenas encendidas. Y en cualquier momento, en cualquier lugar, me dejaba ganar por los estímulos —y por entonces para mí cualquier cosa podía convertirse en un estímulo—, y lo hacía. A cara de perro. Disimulando la oleada fantástica de placer con que me vaciaba. En una librería, en la cola del banco, viajando en taxi o en ómnibus, en el súper. En cualquier lugar, en cualquier circunstancia, sí, como el príncipe rumano. No en el cine, no. Pocas veces. No soy ningún voyeur. En realidad, algo que reprime mi imaginación no me sirve. En fin... ya no hago ese tipo de cosas. He encarrilado un poco mis impulsos, los he regulado. He madurado. Ahora llevo a la bestezuela de la mano, sin apuro, le guste o no, hasta el punto en que puede saciarse a fondo y dejarme en paz por un buen rato. No se puede vivir, como lo hice, sujeto las veinticuatro horas del día a sus caprichos. Es cierto que a veces siento aquel impulso, siento como una nostalgia de aquella facilidad orgiástica. Como hoy de mañana viéndolas pasar. Hubiera querido entregarme, abrirme al estímulo en toda su pureza, en toda su desnudez. Y disimular, disimular la mani-

pulación, y sobre todo el vaciamiento, el instante mágico del vacío en el que todo queda abolido y la lubricidad del mundo se apacigua.

Estoy enamorado de Alina, es un hecho. Todos mis amores onánicos son intensos, pero con Alina es algo más que intensidad. Sé que cuando la convoque va a concurrir y me va a cumplir, como una diosa. Sé que ella va a ser una magnífica asistente, libidinosa y sumisa, a pesar de su aspecto de zombi. Manejable a placer, como una muñeca. Y por supuesto: sé que por ninguna razón en el mundo cruzaría con ella una sola palabra. Aunque en realidad ya lo hice: le pedí permiso en el súper. Claro, lo dije como quien habla con la pared. Sin mirarla y sin esperar de ella ningún tipo de respuesta, ni siquiera un gesto. Lo dije, agarré la lata y huí en un mismo instante. De todas maneras, para mis estándares, es raro. Aunque no inquietante. No debí, pero para nada me dejó perturbado el hecho. Apenas si lo recordé ahora al decir, cosa que es cierta, que por ninguna razón en el mundo cruzaría con ella una sola palabra. ¿En qué consistiría la diferencia en mi enamoramiento con Alina? ¿Qué sería ese algo más que habría con ella? Saco la mano del fuego de inmediato. Esa es lo que se llama una pregunta peligrosa. Y sin embargo ese algo resiste: es lo suficientemente fuerte como para obligarme a querer saber. ¿Ese algo es una curiosidad que me despierta? La curiosidad cuando es fuerte es irresistible. Qué digo irresistible: es una de las fuerzas más poderosas que existen en el alma humana. ¿O será piedad, lástima, compasión? La piedad es un vicio que cuando arraigado es inextirpable. ¿Acaso Alina no parece zombi? ¿Y acaso no da la impresión de es-

tar indefensa? Quizá es una enferma, quizá vive empastillada, quizá la petisa es su enfermera, o su acompañante terapéutica. De todas maneras: no estoy enamorado del adentro sino del afuera. Estoy enamorado de la muñeca surrealista que, como alucinada, todos los días a la misma hora recorre la playa de cabo a rabo y de rabo a cabo. Esa es, quizá, la respuesta, ese es el algo, el plus en mi amor por Alina: Alina es la muñeca, la *poupée*. Invita a todo, sugiere todo, sugiere que no hay nada que no se pueda hacer con ella.

* * *

Vestido de frac entro en el saloncito en el que se ha refugiado para recomponer el escote de su vestido de fiesta. Alfombras mullidas, pesadas cortinas de terciopelo, acogedor diván, semipenumbra. Subiendo desde el jardín una risa alocada, de mujer, penetra en silencio y en él se apaga de inmediato, como una antorcha hundida en agua. Me detengo a su lado. Abandona su tarea y me mira. Es una mirada decidida. La Ingenua se ha decidido. Siente que para ella el momento ha llegado. Se ha valido de la excusa de la flor descosida para alejarse, para aislarse, de manera que yo pudiera encararla a solas. También la ingenuidad sabe de mañas. Me mira con ojos que no saben nada pero que están decididos a saberlo todo. Hoy mismo, ahora, no mañana. “¿Entonces?”, pregunta desafiante. Quería mostrarte lo que hiciste de mí esta noche, le digo muy tranquilo, acentuando con intención “mostrarte”. Traga saliva, el pecho semidesnudo se le agita delicadamente, pero casi consigue fingir perfecta calma para decir: “Mostrame”.

Desabrocho lentamente la portañuela, me mira hacer, impávida, entregada a su destino. Empuño la erección y la extraigo de su nicho de ropa blanca: presenta una espléndida figura, de tan rígida se curva en pleno punto cimitarra, no lejos del punto marfil. No en vano tengo fama de cumplido putaño. Soy figurín hasta el detalle. Mi anillo, que es de oro, tiene mis iniciales a manera de sello. Y me hago las manos una vez por semana. Lo que pongo delante de las narices de mi ingenua es un espléndido ejemplar, nervudo y brioso, orgulloso y gallardo como si fuera el Príncipe de los Taladros. Lo suelto para que vibre y cabecee con vida propia, amenazante e imperativo como una cobra. Maravillada por la presentación entreabre su dulce boquita la Ingenua, el rubí de sus labios se humedece. Con dos dedos retiro el prepucio, brilla el casquete del glande, pulimentado, a la vez poderoso y elegante. “Con cuidado, es la piel más sensible”, le advierto. Traga saliva. Bastante. Ruidosamente. Acerca la nariz al glande y lo huele. Inspira más profundamente, como si se hubiera encontrado con el más irresistible de los olores. “Besalo en la boca”, invito. Lo hace, aplica sus labios sobre la boca sin labios. “Salió una gotita”, dice, entre sorprendida y encantada. “Recogela, con la punta de la lengua”, indico. Lo hace. Queda como embelesada, degustando lentamente la gota de licor. “Bueno, quería mostrarte”, le digo, y guardo la cimitarra, abotono el pantalón. Se para, acerca sus labios a los míos. Los abandona delicadamente sobre los míos, como quien deposita una ofrenda. “¿Y ahora?”, pregunta con voz humilde y entregada. “Y ahora nada, ya sos mi amante, mi querida”, explico, didáctico. Se queda mirándome, digiriendo mis

palabras. “Tu querida”, repite maravillada. “Eso, ya sos mi querida”, le confirmo, y dándome la media vuelta me alejo hacia la puerta, la abro y me volteo para mirarla. Por un instante la imagino despatarrada sobre el diván, el vestido recogido, la entrepierna desnuda, recontracogida, chorreando semen. Pero no, pienso, es mejor que siga siendo ingenua, por ahora.

De niño en las películas me fascinaban las heroínas ingenuas, inocentes, asexuadas, puras, asépticas, invictas. Ese es el *background* remoto de que dispongo para la Ingenua. Después, cuando descubrí la sensualidad, la oscuridad de los cines estaba más repleta de diablesas que los páramos de San Antonio. Imaginaba no a las heroínas sino a las actrices que las representaban entregadas, entre toma y toma durante la filmación, al desenfreno sexual, a la obscenidad, a la orgía, abiertas a quien quisiera llenarle los orificios o bañarlas con semen. Germen de la mujer vencida, humillada por la vida, entregada a las torpezas del macho, *background* para la Existencialista. Arquetipos que mamaba en la oscuridad de las salas de cine. El perrito histérico ladra como si sobre toda la humanidad se cernieran horribles peligros, que se ciernen, ya lo sabemos, pero que no necesitamos que ningún perrito histérico nos los recuerde. Puede ladrar así durante horas. Al rato de hacerlo algún perro en la otra cuadra le responde, luego algún otro se une, hasta que la orquesta está completa. Ladran todos al santo pedo por un buen rato hasta que de pronto, aburridos, o cansados, o seguros de que han dejado clara la razón por la que ladran, se callan. Voy a matar al perrito histérico. Podría antes pedirle civilizadamente a su

dueño que le ponga un bozal o le dé un Valium, pero no lo voy a hacer, porque si lo hiciera luego sabrían quién fue el que le partió el lomo de un palazzo. Por lo demás el dueño también hace méritos como para que lo caguen a palazos: cada mediodía, mientras prepara su chuleta a las brasas obliga a todos sus vecinos a escuchar a Los Olimareños. Es uno de los inconvenientes de la vida de balneario: que los imbéciles se creen en el deber de eyectar a los cuatro vientos, en alas de la música, sus miserables gustos y sus estúpidas convicciones.

* * *

Hoess olvidó decir, o no quiso contarlo, o no pudo entrar en detalles. Pero los que lo vieron, si hubieran sobrevivido, no habrían olvidado nada. Les bastaría con un par de *schnapps* bien colocados para recordar vívidamente aquellos momentos de pasión y gloria del Principito. Momentos de absoluto desafío, evidente para el que tenga ojos para ver. Y Hoess no era ningún idiota. Tampoco era un sabio, ni mucho menos. Era una especie de asesino perspicaz. Sin duda que se daba cuenta de que lo que el homúnculo les lanzaba a la cara, a él y a los SS que se burlaban del espectáculo que daba, era un desafío, aunque no supiera descifrar en qué podía consistir ese desafío, a qué los desafiaba dejándose humillar y exhibiendo sus miserias de esa manera. Si hubiera sido capaz de comprender ese desafío seguramente que no figuraría en el cuadro de honor de los asesinos, en la supercategoría de los genocidas.

Desnudo, cagado de frío, hundiendo los pies en el barro helado, cubierto tan sólo por la maraña de sus tatau-

jes, tironeado por una correa enganchada a un collar que le aprieta el cuello hasta el borde de la anoxia, pero ferozmente itifálico, escupiendo la poca saliva de su boca en las palmas de las manos para pajearse con una y luego con la otra, así realiza el Principito su Via Crucis. Se frena de continuo, a riesgo de quebrarse el cuello o de terminar de asfixiarse, y mira en derredor, como buscando algo, como buscando a quien asestarle la próxima descarga, el próximo orgasmo seco. ¿A quién desafía el Principito? ¿A ellos, a los hombres de botas e impermeable de cuero negro? Sí, a ellos, y a la vez, no, para nada. Son sólo personeros. Pero a través de ellos desafía al mundo, al infierno, a la vida. ¿A qué los desafía? A que intenten frenar, no digamos extinguir, la voracidad de su deseo. A que intenten persuadirlo de no desearlos. A que intenten impedir que, a pesar de todo, los erotice con su mirada. A que intenten impedir que se los coja, así sea sólo mentalmente, y que se siente sobre sus vergas poderosas. A que intenten impedir éste, su enésimo, su próximo, pero nunca último espasmo.

¿Qué le había dicho, según Hoess, el príncipe rumano al médico del campo? Que estaba perpetuamente en busca de nuevas maneras de satisfacer su impulso. Pues bien, en el campo había encontrado finalmente el infierno en el que su deseo podría arder hasta las cenizas, y por cierto que no pensaba perderse la oportunidad de ir hasta el final, hasta que le costara la vida. ¿Qué dijo de él su madre cuando compareció —favor especial a un miembro de la nobleza rumana— para recoger el cuerpo, que le entregaron, convenientemente cremado ya que había sido desollado? Dijo que ella, en su desesperación, en los momen-

tos de mayor desenfreno y escándalo, le había sugerido a él, a su propio hijo, que se quitara la vida, pero que él no había tenido el coraje de hacerlo. Extraño error de madre: lo que menos le faltaba al Principito era coraje. Había estado esperando el momento de encarar al monstruo incesante de su deseo, para arrinconarlo, para que la pelea fuera hasta el final, para ser al fin el verdadero héroe, capaz no de eludirlo ni de reprimirlo sino de reducirlo a cenizas al viento.

* * *

No puedo más Alina, vení ahora. Me unto la verga con crema humectante, desde la boquita hasta los huevos. Sigo un poco más y me meto un dedo en el culo. Alina, evoco, invoco, convoco. Como Aladino, froto mi objeto maravilloso para que comparezca el Genio. La Genia. Alina, la muñeca, con una gran pija, enculándome. Pero no, nada. No es la hora todavía. Cierro los ojos, la meneo con más fuerza. ¿Cuántos días hace que vengo aplazando? Me tienta recordándome que si me paso en los aplazamientos corro el riesgo de caer, más allá del cuerno de diamante, en el cuerno de piedra, definitivamente sin orgasmo, del que es horriblemente difícil salir, como si la uretra se hubiera endurecido y angostado para no dejarle paso alguno al semen. Alina, por favor, te amo, muñecota surrealista, vení ahora, sálvame de este horrible agarrotamiento. Estoy sudando a mares. Froto como un poseído, como para desgarrarme el frenillo. Abro los ojos, su imagen vacila, pero no consigo adensarla lo suficiente. Es, sí, ya lo es, es una erección de piedra, ni poniéndole hielo va a aflojarse, no voy a poder

salir a la calle, me voy a dormir de noche y a despertar de mañana con esta cosa doliéndome de tan dura.

Alguien está golpeando las manos, es en la entrada de la casa. “Buenas tardes” grita y vuelve a golpear las manos. Voz de pajuerano. Me paro. Tengo el cuerpo tenso como un resorte. Aparto apenas la cortina de la ventana. Sí, es un pajuerano. Aindiado. Bicicleta y carrito con herramientas de jardinería. Viene a ofrecer sus servicios. Desde la ventana del dormitorio no lo veo bien. Desnudo, itifálico, en puntas de pies, como si pudiera oírme, cruzo la casa para ir a verlo desde la ventana de la sala. Alpargatas, short de fútbol, camiseta agujereada, gorrita de visera. Flaco, curtido, peludo, anguloso. Medio lumpen rural y medio gaucho. ¿Qué es eso? Un hombre. Un hombre que toma vinos pesados, fuma chala, caga duro y seco en los pastizales. Espera, paciente. Sabe que es la hora de la siesta y que la gente tarda en salir a putearlo. O como si supiera que lo estoy evaluando. Como si pensara que necesito tiempo para decidirme a pagar por su trabajo. Vuelvo a frotar el objeto maravilloso. Es un hombre, corre sangre por sus venas, se tira pedos, desde el invierno carga con una bronquitis rebelde y cada tanto escupe verde y seco para un costado, aunque no deja de fumar. Coge de noche, tiene china, la china disfruta más que él, ronronea la china y acaba, ronronea y acaba, sofocando gritos como de gata en celo. Tiene la verga larga y flaca, famélica, con la cabeza redonda, negra y dura, se la coge con el culo para arriba, cuando la china ya no puede más, cuando ni resuella —porque para él de eso se trata, de ganar la pelea—, saca la verga y se la frota, así, así, como yo, y le acaba en las nalgas unas

gotitas escasas, de indio deshidratado, resecao por el sol, después respira hondo, suspira, se mira la cabeza de la pija, la sacude un poco, como si sintiera que tiene algo atascado. Mierda, voy a acabar, voy a acabar. Ya no puedo evitarlo. Que venga él y me acabe con su mano callosa. Le pago tanto como por toda una tarde de cortar pasto. Rezonga, se mira la cabeza de la pija, la golpea contra el borde de la mesa, mete la uña del meñique en la boquita de la pija, como para desobturarla, maneja su pija como si fuera una herramienta más que tiene que estar pronta para usar. Venga, venga, usted que sabe, usted experto, con su mano sabia y callosa aflójeme la rigidez, suélteme el chorro, acábeme en el piso, o en sus piernas o encima de sus alpargatas bigotudas, chúpemela un poco con su boca seca, apriétemela con sus dientes desaparejos, recíbame en su garganta áspera. Ahora, ahora, tómela.

¡Blam! Catástrofe. No pude contenerme. Ya se va el patán. Me dio servicio, sin costo, y se disuelve en el aire hiperluminoso del mediodía, empujando su bicicleta. Quedé jadeando como un corredor de maratón, perniabierto para no caerme, las piernas temblándome, el gran goterón de semen babeando hasta el piso desde el borde de la cortina amarronada de tan cagada por las moscas, donde fue a prenderse. Otro hilo de baba pende desde la punta de mi pija, baja y baja pero no llega a tocar el suelo. Aprieto el culo con el último espasmo y sale de la boquita, perezosa y pesada, una última entrega, muy densa y muy blanca. Pero el calambre cede. No era la verga de piedra, gracias a Dios. Empieza a aflojarse. Me gana rápidamente la desazón por haber cedido, por haberme dado por venci-

do. Todo lo que prometían los preparativos disciplinados de varios días, no se cumplirá. Y bueno ¿qué? No me voy a suicidar por esto. Hay que redoblar el compromiso y volver al ruedo.

* * *

Soñé con Alina. Me mira con sus ojos estúpidos, como de lechuza, como faroles. Tiene los labios metidos dentro de la boca, y apretados, como si quisiera expresar con un gesto ridículo y excesivo, desafiante, su decisión de no decir absolutamente nada. ¡Como si llevara dicho algo...! ¡Como si yo le pidiera que hablara...! Cuando las veo pasar en la playa tengo la impresión de que son un holograma que se repite una y otra vez, como en el libro de Bioy. Ventoso, o nublado, o con un solazo, con un gentío o casi desierto, con el mar chato o picado, pero ellas pasan siempre idénticas a sí mismas, como las bañistas parlanchinas en “¿Qué?”, como si el que recorta y pega la realidad estuviera indeciso, estuviera probando para decidir contra qué fondo quedaría mejor su caminata. Más allá de la punta rocosa, en la otra playa, donde tienen su sombrilla y sus bolsos, se dan un chapuzón antes de volver a casa. Con el agua al cuello, las caras muy cerca, conversan, se dan un piquito, un beso inocente, correcto, decente. Después algo pasa bajo el agua, porque la petisa protesta, y Alina huye, y la agraviada la persigue, y se zambulle para atraparla, y bajo el agua la ha atrapado, porque Alina se detiene en su huida y suelta un gritito, y luego se sumerge, y a saber qué sucede ahí abajo hasta que reaparecen de golpe, muy divertidas.

El chalet está a media cuadra de la rambla. Es de los más antiguos del balneario. De buena construcción. Techo de tejas a dos aguas, frente con gran porche enmarcado por una gran línea curva. Sobriedad y fantasía. En el jardín sólo hay hortensias, dos macizos, uno de cada lado. El piso es arenoso y está descuidado. Alina no tiene vocación para la jardinería. Prefiere comer bombones y mirar la tele. Hay algo de desabrido en el chalet, se ve como chalet de alquiler. El interior es fresco, todo el piso es de baldosa monolítica. Tiene dos dormitorios y una cocina grande y cómoda. En el dormitorio que da al frente duermen ellas. Cocinan un día cada una. Ana cocina comida de olla, o de horno. Alina se autodenomina la reina de las ensaladas, especialidad en frutos del mar. Gran acopio de frutas, verduras y lácteos. Refrigerador lleno. Les gusta al atardecer sentarse sobre la cama, cara a cara, abrazándose las rodillas o entrecruzando las piernas, con un trago a mano, y conversar. Hablan de su trabajo. Ambas trabajan en la salud. Alina en Atlántida, Ana en Montevideo. Alina saca pecho, con un dedo distraído fuerza hacia abajo el escote de su camiseta hasta que deja ver apenas sus pezones, oscuros y carnosos. Ana los mira. Aflora en sus labios una sonrisita algo torcida. Hace un gesto como de adelantar apenas los labios endureciéndolos. Alina sabe que hace así cuando se está excitando. Ana se inclina hacia adelante y acaricia los robustos pezones con el filo de las uñas. Las tiene bastante largas. Araña los pezones delicadamente, después un poco más fuerte. Alina siente cómo su sexo,abierto, se contrae. Pero permanece inmóvil. Inmovilizada, como una muñeca de cera, en el gesto de sacar pecho y bajar con un dedo

el escote de la camiseta hasta que se le ven los pezones. “Chupapijas”, le dice Ana. La lengua de Alina asoma apenas entre sus labios. Se babea. La onda de excitación le toma todo el cuerpo. Nunca pensé que en la intimidad incurrieran en semejante lenguaje.

* * *

Dejo que todo me pese. Tendido boca arriba, los ojos cerrados, me aflojo completamente, dejo que todo me pese. Lleva un ratito chequear que todo, que cada centímetro cúbico de mi cuerpo pesa. Que pese la piel, pero también el músculo, y el hueso, y el pelo, y los globos oculares, y la lengua dentro de la boca. Que pesen los dientes, que pesen las uñas, que pesen los huevos y que pese la sangre que corre por las venas. Desactivarlo todo, entregar el equipo, no al sueño sino a la inercia, a la pura gravedad, al peso. Pesar hasta que se olvida el peso, hasta olvidar que eso que yace ahí es nuestro cuerpo, hasta flotar por encima de la masa inerte. Hasta desconectarse y olvidar al triste muñeco. Hasta vagamente temer que ya no se pueda regresar a habitarlo, que ya no se pueda nunca más volver a darle vida, a moverlo. Respirar apenas, sentirse aplastado por el peso del aire. Y entonces, ya a punto de dejar que se apaguen las últimas funciones que sostienen la vida, constatar que en el centro del cuerpo, por su propia cuenta, sin estímulo alguno, porque si nomás, para declarar su crasa autonomía, se para la pija.

Nada que hacer. Estoy muerto, casi completamente muerto, pero igual se me para la pija. Soy el sueño de una necrófila. Ni más ni menos. Comparece entonces Alina.

Necrófila. “Hija mía”, le digo, “haberlo sabido antes. Me hubiera apresurado a complacerte”. No muevo un solo músculo. Sólo la pija que se estremece como aguja de brújula que, abandonando el Norte, apunta a las estrellas. Se estira hasta que tironea de la piel de mi vientre, como si mi cuerpo todo colgara de ella. Se estira tanto que solita se remanga la piel del prepucio. Tanto que la boquita se abre como para aullarle al silencio. Al muerto se le para la pija y hete aquí que era esto lo que estabas buscando. “¿Es esta la pija de marfil?”, pregunta la bobona. Se le adelantan los labios gruesos, como para dar un beso. Entonces dice, con una voz de nena horrible, de nena vieja: “Quiero tu leche de muerto”. No puede ser esta su voz. Pero lo es. Es esta. Su voz hecha de saldos y retazos, como la del monstruo de Frankenstein. El hilito de aire que aún susurra en mis narinas antes de lanzarse cuerpo adentro me trae sus olores. Olor a filtro solar, olor a piel sudada, olor a mar, a algas secándose al sol y a cangrejo pudriéndose. Válgame Dios. Quisiera poder decirte como ella te dice: “Chupapijas”. No para excitarte, mucho menos para insultarte, sino para invitarte a que recibas en la boca el semen de la muerte.

Hágase en mí según Su Voluntad. Venga a mí Su Reino. Aquí yazgo. Cada nuevo suspiro pudiendo ser mi último. “Dale” le digo, y que sea lo que Dios quiera. Por fin se decide y, sin apuro, procede. Me impone su extraña concepción de la faena. Tres meneos fuertes y se detiene, espera no sé qué, sin soltar la empuñadura, y entonces otra vez: tres meneos fuertes y la espera. Como quien destapa un caño con una sopapa. Sólo que al revés: desobtura

no para que absorba sino para que escupa. Es eso lo que exige su deseo: el cuerpo muerto, inerte, impotente, y la verga enhiesta, para estar a solas con ella, para imponerle su ley, para ser tan viciosa como lo desee sin cargar con el peso de la mirada. A solas, sin apuro, trabaja la necrófila. Tres meneos más, un poco menos bruscos. Para empujar milímetro a milímetro hacia arriba el licor hediondo de la muerte. Impunidad, de eso se trata. Para imponerle su ley a la vara orgullosa, para domarla, para humillarla, para vencerla y vaciarla. “Pero, hija de puta, para eso no necesitabas matarme, no necesitabas el milagro de la erección del muerto, bastaba con que me drogaras, por ejemplo”. “No, no es lo mismo, protesta, el amor perfecto sólo es posible en la impunidad total”. Entonces salta el semen, y cae sobre mi pecho, y sobre mi vientre, sin que yo ponga nada de mí, ni siquiera apretar los músculos del culo, para ayudarla. En medio del último suspiro me quedo dormido.

Estoy, evidentemente, al borde del descontrol. He querido aplazar y aplazar, por profilaxis, pero no he podido. Ahora ya me es muy difícil contenerme. Desatada, mi imaginación se prende de cualquier cosa, cualquier cosa le sirve, se ríe de mi voluntad de disciplina. Apenas empuño la bala está pronta. ¿Será que ya no hay más remedio que dejarlo correr hasta que solito el incendio se extinga, por el puro agotamiento, por el puro hastío?

* * *

Cesó definitivamente la histeria galopante del perrito de enfrente. Fui hasta Atlántida a comprar veneno. Con

el mismo condimenté un succulento bife de lomo y se lo serví al infeliz, convenientemente presentado en trocitos y en el momento que tenía calculado: cuando lo sueltan por última vez, como a las once de la noche, para que mee, cague y ladre antes de irse a la cucha. Por la mañana, mientras me desayunaba en el porche vi cómo el olimareño hablaba con un vecino y luego con el otro. Propietarios todos ellos, no veraneantes. Imposible oír lo que decían pero me bastó con la gesticulación. Conmigo no vinieron a hablar, por supuesto. Soy un extraño. Un ave de paso. Aunque precisamente por eso, por ser un extraño, y no sin una pizca de razón, no podría asegurar que no me miraran con cara de desconfianza. Espero que no tome el deudo esta muerte como un fin en sí sino como una advertencia. No sé cuántas veces más estoy dispuesto a soplarme “A Don José” antes de caer en algún extremo. Todos tenemos derechos.

* * *

Lo que no está bien en “¿Qué?” —la única manera de vengarnos de lo que nos fascina es encontrarle un defecto— es que Tony, el cogelón, no se coja a Nancy. Pero... un momento. ¡Nancy es la Ingenua! Por antonomasia y hasta la náusea. Es, además, la hija bastarda de Candy, que es la hija bastarda de Cándido. De manera que cuando me vino a la mente el homúnculo de Piacentini en “¿Qué?” no sólo lo convocaba el placer de recordar un film de culto, ni era sólo una asociación a partir del homúnculo-bóxer: también la Ingenua —la del cuadrito, quiero decir— lo convocaba. Fue, pues, una triple convocatoria. Irresistible.

Pero prosigamos: el defecto de “¿Qué?”, para mi paladar, es que Tony no se coja a la Ingenua, a Nancy. ¿Por qué no se la coge? Si cada vez que la ve le muestra la lengua, ofreciéndole una chupada de concha. Si cuando el impulso le acomete durante el almuerzo lo primero que hace es arrodillarse a sus pies y no besuquearle galantemente un brazo sino lamérselo obscenamente todo a lo largo. Por lo demás, en esa casa mágica, todo se da por partida doble: Nancy, que todo lo registra en su diario íntimo, toma nota de que en esa casa todo se repite, las situaciones que vive se repiten. Como en *La invención de Morel*, o como en “El ángel exterminador” —donde las personas se presentan y se saludan otra vez, como si hubieran olvidado que lo hicieron minutos antes—. ¿Por qué entonces Tony no se coge a Nancy, si Tony y Alex son réplicas en un espejo deformante, y Alex sí lo hace?

Quizá la respuesta venga de fuera del sistema estético de la película. ¿Por qué Polanski invita a Piacentini, que no es un actor sino un *playboy* real, a autoparodiarse en su film? Polanski cede a la tentación de lo real. Le encanta tener en su film al *latin lover* del momento en la Costa Azul y en la Riviera, al que tuvo a las divas del momento —Linda Christian, Natalie Wood, Kim Novak, Ursula Andress, Joan Collins—, semidesnudo y obsceno, con el paquete hinchado bajo la mallita de baño y haciendo invitaciones obscenas con la lengua. Eso se llama: la tentación de lo real derrota al rigor estético. (Lo mismo le sucede en “El inquilino”, donde se autoconcede un protagónico con el que no puede, por el cual, sintomáticamente, no se da crédito, y que además arruina el film). Polanski ha invita-

do a autoparodiarse a las dos figuras de amante y seductor más fuertes de esos años: Piacentini y Mastroianni. Porque a la vez los ama y —puesto que él no es sino un petiso nari-gón— los odia, los envidia. El mismo amor y odio que está en juego cuando Fellini se burla de Casanova.

Ahora podemos responder a la pregunta: ¿por qué Tony no se coge a Nancy? Porque esa gran tentación, lo real —precisamente— se interpone. Piacentini no es un actor. Puede hacer una viñetita, y le sale bárbara. Pero no puede actuar. Y desarrollar la relación de Tony con Nancy hasta su culminación hubiera implicado que actuara. El resultado hubiera sido seguramente ridículo en la inevitable comparación con un Mastroianni exuberante. Pero además, estamos en 1972. La censura todavía no ha desaparecido. Las escenas SM de Mastroianni con Rome ya eran mucho, otra escena de no menor calibre en el film hubiera sido demasiado.

Así me entretengo en el calor de la hora de la siesta, vi-viendo otras vidas, enfrentando sus opciones y tratando de comprender sus decisiones. Jueguitos de la mente, como los llamaba Biély.

* * *

Imagino, pues, la escena que Polanski nos ha negado. Su ingenua no carece en absoluto de apetito erótico. No la mueve la mera compasión, como a Candy. El entusiasmo con que se entrega a los enérgicos precalentamientos de Alex lo prueba. Cuando entra al dormitorio y se encuentra a Tony cogiendo con Lollipop debajo de un edredón que denuncia con graciosa elocuencia el tenor de la cogi-

da, queda fascinada, totalmente enchufada en lo que ve. Comprendemos que bien querría ser ella la que estuviera debajo del cobertor con Tony. Cuando en el almuerzo Tony, presa de un nuevo impulso, le lame el brazo, ella se deja hacer con placer evidente. ¿Entonces? Falta lo que se merecían. Lo que merecíamos: verla ensartada por la verga más famosa de la Riviera.

Con gusto Nancy se hubiera bajado esos jeans demasiado apretados y le hubiera ofrecido a Tony las nalgas como se las ofrecerá más adelante a Alex. ¿Hubiera sido el de ella un polvo gritón y escandaloso como el de Lollipop? Por cierto que no. Nancy es un ángel, aunque sólo afecta pudor por educación y respeto, y prescinde de él con entusiasmo en cuanto la situación es la adecuada. Pero no es una mina escandalosa. Es una porcelana rococó, mozartiana, deliciosa y delicada. Sería expresiva, por cierto, pero su expresividad sería el epítome mismo del buen gusto en la materia. Espiaría por sobre el hombro cómo el desaforado la monta, lo miraría con esa mirada de ojos de yegua mansa que tiene, ojos dulcemente asombrados, maravillados ante la plétora interminable de bellezas con que nos regala el mundo. ¿Y el homúnculo tenso y transpirado, empujado de continuo por urgencias sin fin? ¿Tendría él ojos para tanta belleza? Para nada. Con dedos duros, nerviosos, clavados en la redondez lunar de las caderas de Nancy, mirando fijo allí donde se consuma una vez más su precario alivio, hundiría despacio la verga larga, feamente curvada por la frecuentación de orificios a menudo naturalmente resistentes. El animalesco personaje lleva, seguramente, una doble cuenta con las virginidades que ha arruinado.

Una Ninfa dieciochesca con su fauno. Tan graciosos, tan esbeltos, tan entregados al frenesí. La Preciosa cierra los ojazos y la expresión de placer en su rostro es tan pura que parece como si estuviera degustando las primeras cerezas en sazón. Pero el Bruto no se calma tan fácilmente. Ella está por decirle que ella ya está, que ahora le toca a él, cuando el incontinente ataca con renovado brío. Aprieta el paso y la verga parece duplicársele en el largo y en el ancho. Y entonces ella ya no puede decir nada. Desde el fondo de su garganta un gorjeo se abre paso. Y no tarda en estar otra vez dándose un atracón de cerezas en sazón. Pero ahora sí, el ataque del homúnculo es fulminante. Bien se ve que con semejante empuje ya no habrá nada que lo detenga hasta llegar al clímax. Nancy es una muchacha agradecida. Ha gozado y desea que su partenaire goce. De manera que quiere estimularlo manifestándole trivialidades del tipo de que está bien abierta para él y que puede acabarle dentro y llenarla de semen, pero ya es tarde. Aquella cosa magnífica ruge en su cuevita y se descarga, de hecho se sigue descargando y ya la desborda, y gotea sobre sus deliciosas pantorrillas. “Caracoles,” alcanza a musitar la Bella, encantada por lo caudaloso del homenaje, y como el Bruto sigue y sigue sin ceder en rigidez, aprovecha para, no sin esfuerzo, concentrándose mucho, cerrando los ojitos con fuerza, aguantando la respiración, alcanzar una vez más la redondez, la plenitud de la colina en la que siguen madurando, impecables, las cerezas.

“Vaya, caramba,” protesta dulcemente la Preciosa cuando finalmente el Bruto desaloja un tanto bruscamente, pero no dice más. Sabe que ciertos caballeros no

saben ser considerados con las damas. Cierra los ojos como para tomarse un descansito, pero de inmediato la despierta el homúnculo, que ronca como una marmota. Ella se sobresalta, cree que ha dormido mucho y recuerda que tiene una cita a las cinco con Alex. Puesto que no lleva reloj sale corriendo, tan rápido como se lo permiten sus sandalias con plataforma. Úrgele una ducha. Anota en su diario, con letra grande y redonda, y con signos de admiración, que ha encontrado irresistible a Tony, quizá porque no le habla una palabra y la trata sin mayor consideración.

* * *

Y bien, sí, de pronto es claro como el agua: la otra razón, más allá de estar vuelta hacia la luz inquisidora, por la cual la Existencialista está de espaldas es que no quería revelarme así nomás su identidad. Alina es la Existencialista. Debí adivinarlo. Por el ancho de los hombros, por la melena corta y el pelo oscuro. Es cierto que las trincheras llevaban hombreras. Pero aun así. Al ver esta imagen no he pensado en hombreras sino en el ancho de esos hombros. Bien, no se hable más: Alina es la Existencialista. ¿Qué sino angustia existencial es lo que exuda su expresión hecha de decepción y sorpresa? Pero si Alina es la Existencialista ¿Ana no debiera de ser la Ingenua? Carnaval y mascarada: la Ingenua es Nancy, que es Candy. El bóxer es el homúnculo, que es Piacentini, que es el príncipe rumano. La Existencialista es Alina, que es... ¿quién, quién más sino la Muñeca? La poupée. La mujer sin alma. Infinitamente maleable, *ad nauseam*, *ad absurdum*. Pero también el ho-

múnculo es el hombre sin alma, el hombre sin alma de los alquimistas, *der Homunkulus*... Inútil vicio, juegos mentales, inútil juego de las correspondencias.

II

TODAVÍA ESTOY HORRIBLEMENTE lejos de Alina. Cada drenaje me ha alejado de ella. Remonto otra vez, lentamente, la cuesta. Ella ya está más que dispuesta. No importa cuán secretamente la invoque está allí, pronta para mí, dispuesta para lo que le ordene. Soy yo el que está lejos. Porque no supe resistir, porque cedí, por haber sido débil estoy ahora en el Purgatorio. A la espera. A la espera de que venga Alina, y me encuentre a punto, con la verga de marfil, y arranque de mi cuerpo el arrebató verdadero.

Una radiante mañana de verano saldrá del baño desnuda y empapada, como Nancy en “¿Qué?”, y no encontrando una toalla se secará con la sábana blanquísima, apenas rozándose la piel, como al descuido, como apurada, y aérea, como dejándose llevar por la música, porque en el aire límpido y delicioso estará vibrando la primera variación del andante de “La Muerte y la Doncella”, responso por lo efímero de la belleza, por lo efímero de la existencia humana. Así quiero verte en mi dormitorio al despertar, Alina, mi muñeca surrealista. Más bella, mucho más bella que la Sidne Rome de Polanski, para ofrecerte una erección al fin festiva, a punto, limpia ya de toda urgencia, de toda angustia, de toda culpa.

Pero todavía estoy tan lejos, Alina. Si no hubiera cedido... ¿con qué esplendor no te me aparecerías? Ángel asombrado, bronceado, escueto de caderas, tan apuradamente recorriendo espacios inconmensurables, inmensos.

Mejor no vengas todavía. No quiero tenerte a medias, confusa, imprecisa, dubitativa. Te prometo abstenerme cuando me tienta, te prometo no apurar a ciegas al topo torpe del alivio a medias, llegar a nuestra comunión en perfecto estado de pureza. Porque vos también, Alina, perfumada por este Schubert delicado y melancólico, vos también la belleza, mi belleza, la que me liberará de todo deseo hasta el último día de este enero, la que desaparecerá después en las turbias aguas del ensueño.

En alas de la música, de la melodía dulce y amarga, plácida y exasperada, vuelo por encima del balneario dormido, bajo el claro de luna, en busca del chalet Abracadabra. Aterrizo junto a tu ventana abierta y miro dentro de tu dormitorio. Pero ¡qué sorpresa! ¡Qué divinas! Las dos haciéndose la paja. Desnudas y entregadas, calmas y ensimismadas, a la faena. Alina tendida en la cama, un almohadón bajo la espalda, las plantas de los pies unidas y las rodillas bien separadas. Ana acurrucada en la butaca. Como es pequeña, ha puesto las plantas de sus pies sobre el asiento separando también, en el máximo del compás, sus rodillitas. La pequeña con los ojos bien abiertos observa la morosa faena de su amiga. Alina tiene los ojos cerrados y la mente puesta en mí, quizá, probablemente. Ana se separa con los dedos de ambas manos los labios de la concha, como mostrándola en muda oferta, pero Alina no la ve, de manera que debo pensar que, más que ofreciéndola, se la abre para recibir en lo profundo del cuerpo el fresco marino de la noche, que penetra en la habitación por la ventana desde la que las observo. La pequeña se desliza dentro dos dedos y con el dedo corazón de la otra mano,

como si fuera un arco de violín, arranca música de su única cuerda. Tiene los dedos de los pies estirados y separados. Parece merodear los bordes deliciosos del abismo, coquetear un tanto ya desaprensivamente con el primer espasmo. Alina no, Alina no tiene apuro, bien se ve que es pajera de ley. Ella está completamente ida, cortada de toda realidad, sumergida en el sentir y en el imaginar, que son la misma cosa. Apenas se toca. Con dos dedos laboriosos, lentos como en un sueño, sin ansiedad, monótona, como con piloto automático, avanza sin apuro hacia el despeñadero. Se los hunde en la concha y luego los saca y los desliza lentamente por el canal hasta cubrir con ellos el botón turgente. Los apoya encima, los mueve en circulitos, una, dos, tres veces, y luego los regresa hundiéndolos otra vez en la fuente de jade, dejando fuera a los otros tres dedos, que aletean, rígidos, en muda protesta. Ana devora con los ojos la paja de Alina, Alina está en otra, no necesita ver sino con la mirada de la mente, está en la paja profunda, la verdadera. Debí de adivinarlo antes: zombi, boluda, llevando el corpachón como a un animal inquieto, apenas controlable, recontrapajera, como la Diosa de la Paja: la Coca Sarli.

Dios las bendiga, mujercitas divinas, acompañándose en una pajita para convocar al sueño, como buenas amigas. Ana va a conseguirse un espasmo fuerte y un apagón fugaz, pero Alina va a acabar con toda el alma: es así que se acaba el mundo, no con una explosión sino como un suspiro. ¿Seré yo el objeto de su paja? Eso quisiera, pero difícilmente lo sea. Nunca, ni una sola vez la vi mirarme. Pero ¿y qué? Con ese modo de llevar los ojos, tan abiertos ¿no podría haber desarrollado una visión periférica

de increíble nitidez? ¿Qué debo hacer? Ya tengo la verga afuera. Hipersensible. Dispuesta a largarse a chorrear de gusto. ¿Debo desnudarme y, desnudo e itifálico, irrumpir en la escena? ¿Reaccionarán sobresaltadas? ¿Me aceptarán sin más como parte de la fantasmagoría? En tanto posible fantasma de ellas, que son mis fantasmas ¿debo cogerme a una y después a la otra? Me arrodillo frente a la butaca, emboco la punta en la conchita abierta de Ana, y tomándola de la cintura la atraigo clavándome en ella. Le doy con todo el cuerpo, despegando mis rodillas del piso y empujando sobre las puntas de mis pies. La petisa se dobla como si fuera a hundirse en las profundidades de la butaca, siente que la rajo de abajo arriba, que el peso de mi cuerpo le impide cualquier huida, se entrega a las puntadas malignas, al saqueo de su cuerpo, no puede hacer nada para evitar que el espasmo le gane el cuerpo, la sacuda y le corte en la garganta el grito de placer.

Después voy por Alina. Ella se ha quedado lo más pancha gozando del polvo grosero que le he infligido a su amiga. Para ver mejor ha inclinado la cabeza sobre un hombro. Y no ha dejado de pajearse a su manera bobona, repetitiva, autista. Me zambullo entre sus piernas. Aquí sí hay carne de sobra sobre la que nadar a mis anchas. Se la hundo y suelta una A perfecta, llena de asombro, de placer y de ansias. Si me suelto voy a acabar en seguida. “Hijo de puta”, dice, acentuando fuerte la i. Me abraza la cintura con sus piernas musculosas. Su concha es una concha de atleta. Jugosa, potente, activa. “Pensé que nunca te ibas a animar”, dice, zarpada en busca del polvo. “Nunca me miraste”, le digo, y me como sus labios carnosos. No puedo

con sus labios. Son como para acariciarlos a cachetadas. Calentárselos a cachetadas para después ponérselos a mamar verga. No puedo más, voy a acabar. Estoy al borde, con el polvo resplandeciéndome como un aura en la cabeza de la pija. La verga se me hincha, tratando de convencerme de que ya está, que esta es la verga de diamante.

No. No debe ser. No otra vez. No será. Ruedo sobre la cama, me dejo caer al piso, me golpeo, me duele, especialmente el codo derecho, y el costado de la cabeza, que me di contra la mesa de luz. Jadeo derrumbado en mi rincón como un animal herido. La calentura pasa. Cuando se diluye así, después de llegar hasta el mismísimo borde del cráter, sé que por un rato no vuelve, que por un rato voy a estar a salvo. Aplazar, aplacar. Con vos lo quiero todo, Alina. La gran acabada del verano, del año, de toda mi vida. Una ducha fría. Un té de tilo. Y a la mierda.

* * *

¿Por qué el homúnculo de Hoess no para de pajearse? Porque se encuentra en una circunstancia única. Está encerrado con la encarnación más perfecta posible de su objeto de deseo —una pandilla de tipazos brutales—, pero, a la vez, ese Objeto se le vuelve radicalmente inalcanzable —los SS son tan homofóbicos como antisemitas—. ¿Por qué se pajea frente a ellos, para sus ojos? Porque es la única erotización que espera poder conseguir de ellos: que lo vean pajearse, que lo miren, su mirada. Quiere apropiarse de su mirada, poseerla.

Encerrado con su Objeto devenido real, pero al que reconoce como perfecto e inaccesible ¿qué de peor podría

esperar? ¿qué castigo, pero a la vez qué recompensa, más brutal podría esperar? ¿Tendría, pues, sentido abstenerse, llamarse a recato, no gozar, en la medida que sea, de ese Objeto finalmente real, perfecto e inaccesible? No, no lo tendría. De manera que lo hace: se regodea tanto como le es posible de la manera que le es posible. Están encerrados. En el Campo. Él y su Objeto. Nadie los ve. No hay un afuera. No hay escándalo. Se entrega desenfrenadamente a ese único regodeo posible: masturbarse para ellos, poseerlos a través de la mirada. Regodeo finalmente libre, totalmente irresponsable, sin preguntas ni respuestas, sin culpas ni disimulos. ¿Qué peor que estar encerrado en un Campo podría pasarle? Es pajearse hasta reventar, hasta ser devorado por su Objeto. Su vida antes del Campo le parece irrisoria, y desapareció en la nada, pero después del Campo no existirá, de seguro. No hay posible mañana ni hay posible afuera de esta encerrona. Sólo hay el instante eterno de este regodeo incesante, ya seco, ya sólo espasmo o ya ni eso, pero incesante. No quiere salir de él. Ha dejado atrás todos los atributos superficiales de su persona, su estatus principesco, su dignidad, su raciocinio, su mente, su vida, sus recuerdos, todo ha desaparecido, menos esto: el deseo imposible de la pandilla de supermachos nazis que lo rodean, que lo miran con horror y desprecio, guerreros que resplandecen en la truculencia impecable de sus uniformes, y que a veces, como por piedad, le sueltan una patada en el culo, o en las bolas, guerreros cuya mirada explora sin cesar en busca de una pizca de duda, de desconcierto, de ambigua compasión, algo que titile fugazmente, apenas lo imprescindible como

para reconocer en esa mirada lo imposible: la sombra de un deseo.

Para el Principito la exacerbación llega a ser tal que así como no hay un afuera de la prisión tampoco hay un afuera del deseo. Si no se ha suicidado para librar a su familia del oprobio no ha sido por falta de coraje sino porque no puede permitir que la serpiente incesante lo venza y lo sobreviva. Cultiva su épica íntima y privada. No se ha suicidado porque quiere dar la batalla hasta el final, salvarse a sí mismo y salvar al mundo del monstruo insaciable. En lo profundo de su alma cultiva una veta mesiánica. Morir por todos, para salvarnos a todos, como el Cristo, por supuesto —el príncipe era profundamente cristiano—. Y en esta encerrona final, cara a cara, cuenta con exacerbar al deseo hasta el punto que implosione, se autoincinere. O morir en el intento. Pero no. No son esas dos las únicas alternativas. ¡En realidad sabe que por más perfecto que sea su objeto no tiene por qué ser inaccesible! En esto, desde lo más profundo de su ser, desde su instinto súper animal, informable en términos razonables, el Principito no se equivoca: a pesar de todos los pesares, el mundo tiene sentido. En efecto, como en la cárcel de Genet también aquí los carceleros están secretamente poseídos por el demonio del deseo. Como el carcelero de Genet, los SS desean, tan secretamente que no se lo dirían ni a su propia imagen en el espejo, lo mismo que desea el Principito. Algunos lo han descubierto gracias al shock de Absolut de que los ha provisto el prisionero. Otros lo han sabido y lo han callado desde siempre, desde la infancia quizá. Pero ocultan su deseo, al punto de ser los más crueles para castigar al

que desea. Ellos saben bien —Hoess lo dice— que el deseo homosexual es como un virus, se expande como una epidemia. “La epidemia se expandía, reportes de actividades homosexuales me llegaban desde todos los sectores del campo”, consigna Hoess más adelante en sus memorias. De esa “epidemia” da cuenta Primo Levi cuando enumera a los que consiguen sobrevivir en los campos: “Quedaban solamente los médicos, los sastres, los zapateros remendones, los músicos, los cocineros, los jóvenes homosexuales atractivos, los amigos y paisanos de alguna autoridad del campo...”

¿Cuánto es posible negarse al deseo cuando la brasa es inextinguible y el núcleo de Absoluto resplandece todo el día ante uno? Por más vigilancia y por más control, siempre hay un momento, siempre hay una oportunidad, y si no la hay, con disimulo y con complicidades inesperadas, se la fabrica. Es así que a la celda del Principito empezaron un buen día a entrar, en las horas más extrañas del día, visitantes encapuchados o enmascarados, dispuestos, y no por compasión, a proporcionarle con qué mitigar sus ansiedades. Le daban la verga a mamar, al principio eso era todo. El prisionero, más que complaciente, ansioso, como viviendo un sueño, les vaciaba el cuerno, lo higienizaba con la lengua y lo guardaba después, ya desfallecido, bajo la franela impecablemente planchada del uniforme. Las horas “extrañas”, aptas para visitas “especiales”, no tardaron en multiplicarse. Nadie decía nada, pero todos sabían. Algunos visitantes, viciosos, una vez complacidos, en vez de retirarse satisfechos se la meneaban hasta conseguir con sudor una nueva erección y una

nueva mamada. El Principito reconocía las vergas de los encapuchados o enmascarados, y les ponía un nombre íntimo, a menudo gracioso, expresivo, tierno. Un nombre-te para dialogar con la verga en su alemán macarrónico mientras la meneaba para ponerla a punto, mientras la olisqueaba, cuando se la metía hasta el fondo de la boca, cuando la sentía explotar y vaciarse, y sobre todo cuando ya después, aplacada, la lamía agradecido. Porque los conocía sólo por sus vergas era que cuando lo sacaban para pasearlo por el Campo como a un fenómeno de feria, miraba a uno y a otro con ansiedad, tratando de encontrar en las fisonomías o en los gestos algo que hiciera juego con las vergas.

¿Hoess no supo nunca lo que pasaba? ¿No sabía, cuando ya todos sabían y las visitas implicaban disimulos puramente protocolares, más dirigidos al prisionero mismo que a los demás oficiales? ¿O él mismo, comandante probo y responsable, disfrutaba de los mismos momentos de relajamiento, de la misma perversa válvula de escape, aún cuando su amada esposa Hedwig y su prole vivían en una casita junto al Campo? ¿Él mismo había contraído el virus? Nadie está a salvo si ha sido expuesto al Deseo en estado puro, y el Deseo en estado puro era lo que irradiaba el vil homúnculo, el hombre sin alma. Castiguémoslo, expongámoslo al escarnio, que recorra cada día su Via Crucis, desnudo, pajeándose, espasmo tras espasmo, pero en la soledad, habiéndolo negado tres mil veces antes de cantar el gallo, depositemos en él lo más profundo de nuestro deseo. Así pensaba Hoess, que era antes que cualquier otra cosa, un tipo pragmático. Si no lo fuera no hubiera sido ca-

paz de asesinar a un millón largo de personas en menos de dos años.

* * *

Pasaban, como siempre, pero, inesperadamente Ana me ha mirado. Giró la cabeza, se encontró con mi mirada y se ha colgado de ella. Apenas dejó de mirarme al cruzar frente a mí, pero luego, al alejarse se ha dado la vuelta para mirarme una vez más, como asegurándose de que las seguía con la mirada. No ha sido una mirada casual o distraída, ha sido una mirada sostenida, invitadora. Me hizo pensar que quizá no fuera la primera vez que me miraba, que quizá era simplemente la primera vez que me daba cuenta de ello. Han seguido hacia el extremo Oeste de la playa. Retornarán en quince o veinte minutos. Debo decidir qué hacer. Puedo irme de la playa y olvidar el acecho. He sido descubierto. Ya no puede ser acecho en estado puro, que es lo que me interesa. O puedo alejar mi silla y mi sombrilla de la orilla. Unos diez metros sería suficiente. Perderme en la multitud abigarrada de bañistas. Podría así continuar con mi juego como si nada hubiera pasado. Si sucediera que ella me buscara y me encontrara con la mirada, sería entonces la indicación definitiva de que el juego terminó. También puedo seguir sentado aquí mismo donde estoy. Abrir mi libro y fingir absoluta indiferencia. Pero entonces lo que habría sería un acecho espurio, con interferencias que me impedirían alimentarme plenamente de los pocos segundos por día en que la veo. El acecho ya no tendría ningún sentido. No puedo decidirme por alguna de las opciones. Estoy demasiado metido con Alina. Temo perder-

la. El temor me inmoviliza. Perderla ahora, en medio de la cosa, sería muy doloroso. Cargaría con una sensación de fracaso y pérdida que me duraría quién sabe cuánto. Odio el sentimiento de impotencia, de perder irremediablemente. Otra cosa es cortar al final de enero. Porque entonces el ciclo se habrá cumplido. Me habrá dado todo lo que podía darme. Adiós, adiós, te he dado todo y me has dado todo, te llevaré siempre en mi corazón.

Como suele suceder seguí dudando hasta que fue demasiado tarde. Ya regresan. Alina, como siempre, con los faros bien abiertos mirando a la nada. Como una alucinada, realmente. Esta mujer debe de estar medicada. La pequeña camina mirando el agua a sus pies. Simplemente una trampa. Destinada a lo que en efecto consiguió. Pillarme mirándola. Levantó la mirada de golpe y no me dio el tiempo para refugiarme en mi libro. Quedé enganchado en su mirada, como el pez en el anzuelo. Durante todo el tiempo, veinte o treinta pasos, hasta que cruzaron frente a mí, arrastró mi mirada dócilmente prendida a la suya, como el pescador arrastra, recogiendo la línea, al pez que ha atrapado. No se volvió esta vez para chequear que la seguía con la vista. Ya no le resultaba necesario. Mientras se alejan quedo mirándoles los traseros. El culo de Alina fuerte, firme, sin redondez alguna. Enfundado en el calzón que sólo muestra lo que una mujer decente deja ver. El culito de Ana, con su tanguita, redondeadito sí, pero nimio, banal, intrascendente. Me las imagino sobándose mutuamente las nalgas. Imagino las tetitas flacuchas, exhaustas de la pequeña colgando sobre el tórax huesudo, y sus manos de dedos finos tratando de abarcar las nalgas

musculosas de Alina. Imagino las tetas altas y poderosas de Alina entre las que la carita de la petisa podría ahogarse, y sus manos fuertes abriendo las nalgas magras de su amante hasta exponer para una mirada imaginaria el triste ojetito. Abrazadas, así, ondulando la una contra la otra, comiéndose la boca.

Así pues, Ana me ha desafiado con la mirada. Quizá, sin que yo me diera cuenta, ella ha ido captando la mirada de perro enamorado que le dirijo a su compañera. Quizá está celosa y con su mirada me desafiaba a pelear, por ejemplo a puñetazos, y el que gane tiene como premio a la doncella de los faros alucinados. Sí, quizá su mirada es una advertencia. Tené cuidado, no me gusta que me miren la mina. Pero querida, estamos en el siglo XXI. Si la cosa es tan así ¿por qué cuando pasan frente a mí no la agarrás de la mano dejando claro de qué va la cosa? O quizá no es así, quizá no son amantes. Está celosa de cómo miro a su amiga, sabe que Alina es rezombi y quiere birlarle el admirador recurriendo a una oferta desvergonzada, sabedora de que normalmente un tipo prefiere un camino fácil y seguro a uno difícil e incierto. Ni ellas son unas Venus ni yo soy un Adonis. La petisa la tiene clara y busca algo fácil y seguro, una tanda de polvos estivales, unos buenos revolcones a cuenta de amor del bueno, polvos anónimos, impersonales, sin futuro, sin restricciones y sin vergüenzas. Quizá eso sea lo que promete la petisa con su mirada insistente. Lo que quieras pero ya. Estoy en oferta. Alguien que se la coja, a cuenta del Príncipe Azul que se le ha venido demorando.

Alina vestida con la trinchera. Alina como la Existencialista. La que se entrega sin querer hacerlo, por pura fatalidad, por cruel destino. Pero las existencialistas no miran con esos ojos, esa mirada de Alina es más bien la de una mística. La Existencialista entrecierra los ojos, no le interesa lo de afuera, ya sabe qué es, se ensimisma más bien en la amargura de sus pensamientos, esconde la mirada detrás del humo de cigarrillo que se escapa de entre sus labios como anunciando en lo profundo interior ya no una quema, un incendio, un infierno, sino la pura ceniza. Pero Alina no se ciñe al arquetipo, no quiere hacerlo. Ella es así, la Existencialista pero con los faros iluminando la bruma pestilente del mundo. “Vení”, le digo, le ordeno, como a una puta. Se acerca despacito. Tiembla un poco, jadea un poco. Como un animal que, apenas tiene a la vista el edificio horrendo del matadero, ya adivina su destino. Saco de debajo de la sábana la mano con la que he estado comprobando la fuerza de mi impulso. La coloco entre sus rodillas y la subo lentamente, sin encontrar resistencia. Ni de su cuerpo ni de su ropa, porque está desnuda bajo el impermeable. Un poco blanda, carnosa la cara interior de sus muslos. Eso me gusta. Es humano. Amo lo humano. Nada de lo humano me es ajeno. Llego a la entrepierna. Exuberante, carnosa, hirsuta, morruda. Suelta Alina un suspiro. “Abrí”, le digo. Separa ahora los pies, lo suficiente como para que pueda llenarme la palma de la mano con su concha. Doblo el dedo corazón y al hacerlo separo los labios y me deslizo dentro. Suspira fuerte Alina, como si en vez de unos centímetros, le hubiera entrado hasta quién sabe dónde, hasta un centro ubicuo tocado el cual se le dispararan todas las

ansiedades. Nunca hubiera imaginado que Alina se mojará tanto. “Estás recaliente”, le digo. Me mira como si le hablara en chino. Le disparo otro dedo. El índice. Alina suspira como a punto de morir y remueve las caderas como para sentirlos bien a los dos. Empieza a cogérselos, despacito. “No, pará”, pido. “Te chupo la concha”, digo retirando a los intrusos. Alina queda como desconcertada. Trastabilla, como para caerse, como si hubiera estado sosteniéndose en mis dedos, en el placer que le daban. “Vení”, le digo. Alina sabe de esto. Credencial lesbiana. Tomándose del respaldo de la cama, con movimientos suaves y seguros se monta sobre mi cara. El olor de la trinchera me rodea como una brisa mefítica. Huele a encierro, a rancio, a humedades viejas. Pero la concha de Alina huele, gracias a Dios, a pura concha. No soporto los químicos. A menudo me disparan alergias. Como si fuera un gran pedazo de sandía me lleno la boca con la concha de Alina. Hija de puta, qué rica concha, carnosa y olorosa. Le hundo la lengua cuanto puedo, después le chupeteo el capuchón del clítoris, le lamo todo. Alina me deja hacer, pasivamente. Se abre la trinchera para verme. Nuestras miradas se encuentran. Sus ojos muy abiertos, incrédulos, como si fuera un bicho que le chupa la concha. “Cogeme, estúpida”, gruño. Entonces, agarrada del respaldo de la cama se pone a cogerme la boca. La acompaño con lamidas descontroladas. Fuera de sí se me refriega por toda la cara, se coge con mi nariz. Chupo y chupo y de pronto, cuando me parece que no puede más, le mordisqueo todo lo que encuentro, y revienta. Revienta refregándose la concha en la cara, bañándose con su humedad, y gruñendo feroz, como si

quisiera borrarne, asfixiarme, romperme la cara. Aguanto todo, y lamo donde me deja lamer, hasta que se le pasa y levanta el culo, jadeando, y me mira con sus ojos asombrados, como si recién ahora se diera cuenta de que había alguien ahí abajo donde estaba soltando un polvo.

Me duermo con la verga dura como estaca, latiendo como a punto de reventar, pero no la toco. En el sueño me refugio de las intransigencias de mi cuerpo. El cambio de viento en la mitad de la tarde me despierta. Viró hacia el sur. El fresquete arrecia. Me encuentro a salvo de incurrir en debilidad, de ceder a la tentación. Pasado ya de toda calentura. Aplacado.

* * *

Ha sido tan completo como podía desearlo. Sin llegar al final. Faltaba, pues, que se pusiera la trinchera. Con la trinchera puesta sí aterrizó. Aterrizó con todo el peso de su cuerpo, y con sus olores, y sus efluvios. Abolida quedó toda distancia. Como si se hubiera cerrado un circuito, como si todo hubiera quedado conectado, con espléndido resultado. Autómata mía. Esto recién empieza. Intuyo tu naturaleza tanto como ni vos misma podrías conocerla. Autómata del Deseo. Mujer sin atributos. Mujer sin alma. Muñeca. La *Poupée* y el *Homunkulus*. No creo que haya trabajos de amor que no esté dispuesta a encarar para mi beneficio. Se dejaría desguazar y recomponer absurdamente como La *Poupée* de Bellmer y Cortázar. Por eso este amor es distinto, por eso te amo —lo confieso, tengo que confesarlo— como nunca amé antes. El Sur ha arreciado. No hay playa. Me siento cargado como una pila. Como si pudiera partir

un ladrillo de un piñazo. Ahora sí estoy en el camino correcto. Dos o tres amagues como este y cuando reviente la explosión va a ser tal que la Paz va a quedar sellada por un buen rato.

Me las encuentro en el súper, de frente y en el pasillo más estrecho. Ambas visten jeans y camiseta, como yo. La petisa me mira como si estuviera a punto de decirme algo, o de saltarme encima, y yo, hipnotizado, la miro como mira el ratón al gato. Pero ella, Alina, no, ella mira al frente, más allá de mí, a la nada. Como Mr. Magoo, más o menos. Como si supiera que después de lo que tuvimos, de lo que tenemos, cualquier gesto que hiciera ella hacia mí, por más banal, protocolar o inconsciente, podría arruinar todo lo nuestro. Ella es perfecta, no hay otra palabra para calificarla. Por eso la amo, porque es perfecta. La petisa se hace a un lado para dejarme pasar. Impertinente me mira a los ojos, sonriendo apenas con una pizca de no sé qué, de desafío probablemente. O bien se burla del evidente embeleso que me produce Alina, o bien insiste en querer de mí que sea su polvo del verano. La primera opción admite dos variantes: se burla porque, sabiendo que su amiga no es bi, encuentra mis trabajos de amor irrisorios, o bien se burla porque, sea o no su amiga bi, encuentra insólito que alguien, aun alguien tan feo como yo, quiera liarse con una mujer tan poco agraciada como Alina. “¡Pero es que están hechos el uno para el otro!”, podría estarme diciendo su sonrisa burlona.

Las espío discretamente a todo lo largo y lo ancho del súper. El lugar es pequeño, de manera que no es seguro que la petisa no haya notado que las sigo. Han cargado en

el carrito alimentos, productos de limpieza, y ahora adherentes, y tampones, un paquete. Una de las dos ha cumplido su lunación. Quizá a la petisa se le dispara la avidez precisamente en los días de guardar. No es raro. Sé de esto. Como dije, no toda mi vida fui Sexualmente Perfecto como lo soy ahora. Cuando veo que enfilan hacia la caja salgo del súper a las apuradas, sin comprar nada. Medio escondido espero a que salgan. Sé que no debo. Sé que saber más puede arruinarlo todo. Pero estoy dominado por el demonio de la curiosidad. No puedo controlarme. Alina sale, ti-roneando del carrito de los mandados.

Primer dato firme: vive aquí. Si estuviera alquilando no tendría, seguramente, un carrito de mandados. Las sigo a buena distancia. Sólo cuando doblan una esquina me apresuro, no sea cosa que entren en una casa y no vea en cuál. Primer dato descartado: no vive cerca de la rambla, sino a seis o siete cuadras, casi en el límite del caserío. Segundo dato descartado: no vive en un bonito chalet de construcción antigua, sino en una casita humilde. Bien pintada y bien trabajado su jardín, pero de construcción por demás humilde. Paso rápido por delante. Flores abundantes y variadas en el jardín, y dos canteros con hortalizas: tomates, sin duda, y lechugas, y zanahorias. En las dos ventanitas al frente cortinas de cuadritos rojos y blancos, recogidas con cintos, como ventanitas de casa de muñecas.

Pero bueno, vamos a lo que importa: a un lado de la puerta cuelga un cartelito de madera, con letra muy bien dibujada que dice que ese es del domicilio de Alma Resnik, Podóloga. ¡Alma! ¡A-a! Segundo dato firme: una de las dos efectivamente es Aa. Tercer dato firme: una de las dos efec-

tivamente trabaja en la salud. Pero ¿me sirven de algo estas confirmaciones parciales? Lo que siento es esa especie de vértigo, de náusea que siempre siento cuando mis construcciones íntimas no digamos que se confrontan, pero que apenas se rozan con la real realidad. ¿Por qué tenía que ponerlo todo en riesgo cuando más se acercaba a la perfección mi Castillo de la Pureza? No entiendo. Cualquier acercamiento a la realidad sólo sirve, ya lo sé, en todos los casos, para joderlo todo. Debiera de ser castigado por ser tan imbécil. Le tengo miedo a la perfección. Debiera de tener a alguien que me azotara hasta sangrar cada vez que incurriera en este tipo de estupidez. Lo mejor que puedo hacer ahora es encerrarme y pajearme cuatro o cinco veces al día. No verla nunca más. Pajearme hasta tararme, hasta matarme, hasta reducir a polvo cada partícula del sueño maravilloso que estábamos elaborando, antes de que empiece a corromperse, a enmierdarse, a devenir real y hediondo. Alina, no Alma. Ana, no Alma. ¿Alma? ¿Alma! ¿Entre todos los nombres posibles? ¡No! El homúnculo es el hombre sin alma. La Muñeca es la mujer sin alma. Huyo. Tengo que borrar, olvidar. Tengo que salvarla del oprobio de extirpar callos y plantar zanahorias, de vivir en las afueras del balneario, frente a donde pastan un par de jamelgos desteñidos y se oye de a ratos rezongar a una vaca.

* * *

Hoess dice que el príncipe rumano tenía el cuerpo cubierto de tatuajes, desde las muñecas a los tobillos. Según declaró, se los había hecho en todo tipo de puertos, tanto del Viejo como del Nuevo Mundo. ¿Cómo se vería seme-

jante maraña de tatuajes? Según Hoess los estudiantes de sexología podrían haber obtenido material inédito para sus investigaciones en ese “libro viviente”. Hoess era un poeta. Un poeta de Lo Absoluto. Aunque no pudiera decirlo todo, no podía permitir que el momento de máximo esplendor de aquel ser extrañamente incandescente fuera devorado por la nada, se perdiera en el olvido. Sus sabios superiores pusieron en sus manos el Exterminio. Y contó lo que pudo contar. No es poca cosa que haya rescatado por lo menos la sombra de aquellos hechos maravillosos.

No era la función de aquellos tatuajes proteger al príncipe de los espíritus dañinos. Eran tatuajes que, como brasas sobre la piel, retroalimentaban continuamente el deseo que lo consumía. En medio del pecho, siguiendo la línea del esternón tenía un gran falo negro, descapotado, de cuya boquita libaba una gran mariposa multicolor. Un emblema hippie avant la lettre. Respondiéndole al emblema, en el otro extremo del eje vertical, hecho directamente sobre la verga, tenía otro hermoso tatuaje. Lo que Hoess hubiera querido decir, lo que no podía decir ni siquiera oyendo ya los martillazos de los que construían el patíbulo en el que lo ahorcarían apenas cumplidas las formalidades del juicio sumario que se le instruyó, fue que el príncipe rumano tenía una verga de una belleza perturbadora. Larga y esbelta, dulce la piel, y sonrosada como la mejilla de un niño. No denunciaba en absoluto los excesos a que se la sometía. Al alcanzar su máxima rigidez se arqueaba delicadamente y dejaba entrever el glande color rubí. Para cualquier humano sensible a la belleza era imposible al verla no desear palparla, olerla, menearla y chuparla,

máxime con la serpiente verde que, enroscada a todo lo largo del tallo, la adornaba. No debió de ser muy complicado tatuársela dadas las incesantes e incoercibles erecciones que el Principito padecía.

Pues sí: el cuerpo entero tenía tatuado, exceptuadas las manos y la cara. ¿Qué concretamente se veía en las páginas de aquel “libro viviente”? Penetraciones múltiples, penetraciones especialmente dolorosas, penetraciones por animales, con objetos comunes y con objetos exóticos, con saña, con furia, con especial brutalidad, penetraciones con seres deleznable de ambos sexos, en situaciones inopرتunas, inadecuadas, imprevisibles, penetraciones mágicas, penetraciones repugnantes, penetraciones monstruosas, penetraciones intolerables, eyaculaciones de semen duro como boñiga de oveja, eyaculaciones abundantes como meadas, flagelaciones, mutilaciones masculinas y femeninas, tríos, cuartetos, mixtos o de un solo palo, y también, como el mismo Hoess apreció con cierta sorpresa, polvos honestos y ortodoxos. Tatuajes amontonados hasta que no quedó piel sin tatuar, tantos que era imposible que dos conteos dieran el mismo resultado, tantos que uno podría pasarse horas sin terminar de considerar detalladamente tanta variedad.

Al principio los SS venían de a uno, el rostro cubierto con antifaces improvisados agujereando un pañuelo, o cubierto con el pasamontañas de reglamento. Le ordenaban desnudarse y le daban la verga a mamar. Una vez acabados se dejaban limpiar por la lengua solícita del príncipe, después le daban un fustazo, o un puntapié para demostrarle el irreprimible, inagotable desprecio que les causaba y se

iban dando un portazo como indicando que jamás volverían a caer en la tentación. “Bueno... no era precisamente así”, me interrumpe el príncipe. “En el momento de la acabada yo era a la vez la verga que se vacía y la boca que succiona”, explica. “Y cuando terminaba de lamer y devolvía el miembro a sus trapos blancos olorosos a lejía me apartaba y les mostraba mi verga, dolorosamente rígida, abanicando el aire vigorosamente, pronta para descargar lo suyo. La miraban con los ojos muy abiertos y se pasaban la lengua por los labios. Era entonces, y no antes, que me soltaban el fustazo. Mi semen bañaba mis tatuajes. Otro fustazo y otro más. Me parecía que iba a ahogarme en el placer...”

* * *

Me voy al bosque. Me embosco. Es noche de mucha luna. Me desnudo y corro, empalmado. Los arbustos y las ramas bajas me azotan, me lastimo los pies. Aplasto algo vivo. Corro más, como en pánico. De pronto llego a un claro del bosque en el que está concentrada la luz de la luna. Allí me espera la Ingenua, con su traje de fiesta y los hombros desnudos. No le veo la cara, porque se está mirando el escote. Me acerco, jadeante y asustado. No me es habitual enfrentar con los ojos abiertos a mis fantasmas, fuera del aura protectora de mi dormitorio. Temo que el juego se haya disparado mal. Pero entonces levanta la cara... ¡Sorpresa! es Ana o Alma, la petisa. Me mira con una sonrisita triunfal, como si yo hubiera caído en su emboscada y no ella en la mía. Siento que el bosque se cierra a mis espaldas y todo en derredor, que estoy atrapado. La tomo de los brazos. Su cuerpo está flojo, completamente

dócil. Le busco la boca, me elude, pela los dientes, como si me fuera a morder. Pero su cuerpo sigue dócil, sin resistencia alguna. Con manos torpes busco el cierre del vestido en su espalda. La tela cruje y susurra, viciosa, hasta exasperarme. Encuentro el cierre pero no puedo abrirlo. Tironeo con fuerza y desgarró el vestido que se desliza hasta el piso. Está completamente desnuda. Abre la boca como si fuera a reírse pero no se ríe. Su gesto me disgusta. Comprendo que el vestido era el cebo, que se disfrazó de Ingenua para atraparme. Rápida como un bicho empuña mi erección. Sé que no voy a poder escapar, que va a tener mi cuerpo verdadero, que van a encastrarse el uno en el otro nuestros sexos. Tironea de mí deslizándose hacia el piso. Cedo. Me obliga a cubrirla. Huele a tierra húmeda y a vegetación podrida. Le separo las rodillas y le deslizo la verga cuerpo adentro. Suspira hondo, con los dientes apretados, soltando por las narinas un siseo de serpiente. Arremeto a fondo y grita. Mi verga es amable, pero larga, y sus deseos son intensos, pero su vagina pequeña. Le doy con fuerza una y otra vez. Grita y grita. La perforo, la estoy matando. Lo mismo sería si le diera con un hacha. Pero no hurta el cuerpo, no se resiste en absoluto. Su cuerpo es blando y átono, se abandona al daño. Su aceptación de la tortura me excita hasta la furia. Me toma del pelo y me obliga a mirarla, a dejarme penetrar por su mirada enloquecida. “Por el culo”, sisea entre dientes. Como ingrávida y sin huesos gira sin esfuerzo bajo el cerco de mi cuerpo para ofrecirme las magras nalgas. “Por el culo, que no tiene fondo”, insiste. Mojo una vez más la verga en su concha, la apoyo sobre el nudito del culo y empujo. El culo

se le abre de par en par, como se abre al sol la gloria de la mañana. Me deslizo dentro en caída libre. Remueve las caderas y suspira con ese gozo que conmueve, tanto que, fácilmente, se llegaría a las lágrimas. Me hace sentir un dios siendo capaz de proporcionar semejante goce. El culito de Ana o Alma es un pabellón acariciante y sedoso. Un cáliz que levanta hacia mí en total entrega, para que lo beba hasta las heces. Perdido en el laberinto de la paja había olvidado hasta qué punto una cogida puede ser perfecta. Tuve lo que nunca pensé que podría tener: una cadena de orgasmos, como las que tienen algunas mujeres. Acababa y seguía cogiendo, y acaba otra vez, y así siguiendo, y los orgasmos de Ana o Alma de inmediato se sincronizaron con los míos. Se me contrajo la cara con el gesto del llanto y me puse a llorar, sin dejar de coger, sin dejar de acabar. Y el gemido de placer de Ana o Alma estaba más allá de cualquier forma razonable de la felicidad. “¿Cómo tenés el culo tan divino?”, me oigo preguntarle. “Ella me lo hace”, consigue hilar Ana o Alma desde lo profundo de su trance. ¡Ella! ¡Alina o Alma! Le da por el culo a la petisa. ¿Cómo? ¿Tiene una pijita? ¿Alina o Alma es un travesti? ¿Es el andrógino? ¿O se calza una prótesis? “Así, así te lo hace”, murmuraba fuera de mí dándole como para dejarle el culo en llamas. Me parecía que el cuerpo de Ana o Alma era cada vez más blando, más dócil, más inconsistente, me parecía que se volvía gelatinoso, como si me estuviera cogiendo a una gran medusa. Ya no jadeaba ni gemía ni gritaba. Me detuve. Me desclavé. “¿Qué te pasa?” le pregunté, asustado. No responde. La cara contra el piso. Inmóvil. La tomo de un hombro y la doy vuelta, boca arri-

ba. Tiene los ojos muy abiertos y la boca llena de tierra y de hojas muertas.

* * *

La coge como un animal. O como un autómeta. Ondula sobre su cuerpo como un autómeta. “Nada personal, querida, no lo tomes a mal” masculla entre dientes y le suelta cada puntazo como se suelta una puteada, una escupida, una cuchillada directa al corazón. Alina o Alma, se abre de piernas cuanto puede y lo deja hacer. Abre los brazos en cruz, completamente relajada, mirando al techo con los ojos bien abiertos, pero sin ver, ausente, como si estuviera recordando algo, quién sabe qué, pero nada importante. Tony suda a mares. Coge como contrarreloj, preocupado sólo de mantener el ritmo y de acomodar cada puntada bien hasta el fondo, con las bolas, como un mar embravecido, reventando contra el perineo de Alina. Cada tanto se detiene, se yergue para apreciar mejor el estado de las cosas. Aprueba, o no. Desaprueba algo, no se sabe bien qué, como desconforme con su grosera performance, y sigue adelante, imperturbable, tosco, duro, tenso. Alina, Alma, espera la crisis del gañán, relajada, desentendida, parece no sentir absolutamente nada. Como si fuera tortillera y le hubiera pagado al tipo por preñarla. O como una puta indiferente, o amateur, o como una esposa frígida, harta o resignada. Y sin embargo, la máquina termina por vencerla. De pronto cierra los ojos y suelta dos o tres suspiros bruscos, nada más, como si le estuvieran haciendo una curación en el dedo gordo de un pie y le ardiera un poco, no más que eso. Pasó un ángel, un polvo, un espasmo, sus-

pira hondo y sigue mirando al techo. Tony no tomó nota del acontecimiento. Se yergue una vez más para echar una mirada al teatro de la acción. Hace otro gesto de disconformidad, como si la anfitriona no le estuviera proporcionado las debidas facilidades, lo cual le estaría impidiendo rematar la faena. Sigue cogiendo. Por momentos incrementa la frecuencia del martilleo. Como si se enfureciera y quisiera acabar de una buena vez con aquello. Suda. A mares. Gotea sobre Alina, Alma. Chorrea sobre ella. Se yergue una vez más. Jadea mal, feo, entrecortado. Le tiembla el cuerpo. Saca la verga. Se sienta sobre sus talones. Se masturba con saña. Apurado, como si estuviera por acabar hunde otra vez la verga en la concha que lo espera abierta, pero no dócil, reseca de tanto trajín. Retoma la cogida. Chorrea sudor mal. Feo. A mares. Acelera. ¡Es una máquina! Aquello es demasiado. Alina cierra los ojos. Acaba otra vez. Jadea fuerte hasta que queda de pronto con la boca abierta, dura, como al final del último estertor. Luego se desinfla. Pasó otro ángel. Vuelve a abrir los ojos. Siempre los brazos en cruz, como una Crista en su cruz de verga. Entonces sí, porque sí, no por sincronía sensual, no porque el polvo de ella soltara el suyo, ya que ni siquiera se dio cuenta él de que pasaba un ángel. Porque sí nomás. Irguiéndose una vez más sobre sus brazos Tony apuntó él también con el hocico hacia el techo, peló los dientes, clavado hasta el mango apretó el culo y soltó el polvo, gruñendo desde dentro, desde el pecho, desde el plexo, como si en vez de unas gotas de semen estuviera expulsando cálculos.

Dios Santo, en ese momento hubiera bastado con que una mano dulce, maternal, desinteresada, retirara el pre-

pucio, que apenas bajaría, de tan hinchado que tengo el glande, bastaría con unos apretoncitos amistosos en el tallo o en los huevos, para que me disparara, para que mi semen volara por lo menos hasta el techo. Al caer el chorro me acertaría en plena frente para luego resbalar hacia la cuenca del ojo y de ahí descender por la mejilla hasta permear en la almohada. Modos de suicida: dispararse el semen en la frente. Pero no hay mano lujuriosa ni mano maternal ni mano amiga, y yo no haré justicia con mi propia mano, de manera que, poco a poco, el incendio se apaga y me voy retirando despacito, despacito, hacia el fondo de la caverna, allá abajo, en lo profundo, donde me espera tanta luz, tanta belleza, tanta serenidad, tanta armonía...

* * *

Y bien, sí, la celda del príncipe rumano era el burdel del Campo. La epidemia se expandió, irremediablemente, hasta alcanzar a todo el cuerpo de oficiales. ¿Por qué aun ahora, *in extremis*, a días de ser colgado, Hoess no dice todo? ¿Teme que el Reichführer SS lo degrade, lo enjuicie, lo castigue, lo ejecute? ¿Pero si todo había acabado, la pirámide se había derrumbado, y el nazi que no había rajado a tiempo colgaba o colgaría en breve de una corbata de cáñamo! ¿Pensaba que todos sus superiores estarían esperándolo en el Más Allá, prontos para ajustar cuentas con él? ¿O pensaba que quizá algún día sus hijitos leerían aquello que garabateaba *in extremis*? Eso era. Y así fue, por cierto que lo leyeron. Hoess era un buen padre. Quería legar a sus hijos la imagen de un padre probo, de un funcio-

nario ejemplar, tanto en su sentido de la eficiencia como en la calidad de sus hábitos. Por eso no dice que él mismo concurría al burdel del Principito.

La verdad verdadera es que no había oficial de los SS del maldito Campo —bendito, según el príncipe— que no se hiciera una pasadita por día por la celda del *Homunkulus*. El invierno venía jodido ese año, de manera que ya no se lo sacó más a pasear desnudo por el campo. Alguien le consiguió una bata de mujer, calentita, y bombachitas caladas, y corpiños, y unas chinelas forradas con piel de cordero. No es que el príncipe hubiera demandado semejantes artilugios. Es que, así disfrazado, a los machotes se les facilitaba el trámite. Al príncipe, por supuesto, no le importaba, se prestaba gustoso. Llegaba el fulano con su antifaz o su pasamontañas, el príncipe se abría la bata y mostraba los tatuajes, se pajeaba un poco, la verga hinchada debajo de la tela calada de la bombachita los ponía a mil. Entonces el SS sacaba la suya y se la daba a mamar. Flaca o gorda, corta o larga, el príncipe a todas las trataba con iguales consideraciones. Era feliz. Ni Catalina la Grande había tenido a su disposición tantos guerreros tan bien armados. A todos les tragaba el producto. La ingesta diaria de semen le hubiera bastado para alimentarse adecuadamente. De ahí lo inverosímil de la afirmación de Hoess según la cual estaba cada vez más débil, y según la cual murió precisamente de debilidad. Inventó ese final sin conocer, lo cual es comprensible, las virtudes nutritivas del semen.

Finalmente sucedió lo que tenía que suceder: consecuencia de coincidir dos beneficiarios en la puerta de la celda, y de venir ambos urgidos, dejando de lado las hipo-

cresías acordaron disponer del príncipe simultáneamente. La novedad de que el príncipe daba el culo maravillosamente cundió. Uno a uno los beneficiarios fueron pasando del estadio de la mamada —relativamente digno— a la fase anal —ya de mucho más indefendible respetabilidad—. El príncipe, por supuesto, estaba encantado con el avance. Sólo pedía que la emisión final continuara siendo en su boca, momento para el cual, con un pañuelo de seda que le regaló uno de sus carceleros, limpiaba de detritos la boquita emisora. Así fue cómo se sucedieron los acontecimientos. ¿Qué de extraño tiene que una vez la corrupción instalada todo lo que podía suceder sucediera? ¿Qué tiene de extraño que, puesto a suceder lo posible, algún SS especialmente sensible, al ver al príncipe masturbándose, sintiera que se le llenaba la boca de saliva y experimentara el extraño deseo de succionar aquella cabecita rosada hasta conseguir de ella también él un homenaje? Podía suceder, tenía que suceder, y sucedió. La novedad de que chuparle la verga al príncipe era una experiencia deliciosa también cundió. Uno a uno todos los beneficiarios pasaron del otro lado del mostrador. Ahí fue que comenzaron los problemas para el Principito. Eran demasiadas mamadas por jornada. Y a ninguno podía ofender negándole así fuera un par de gotitas de su licor. Más de uno lo que se tragó, sin saberlo, fue un par de gotitas de sangre. De manera que empezó el Principito, ahora sí, a debilitarse. Aunque, por supuesto, no dejaba de recibir semen a cambio, la dieta resultó, para el desgaste que hacía, insuficiente. El médico —habitué también— notó que la salud del prisionero estaba decayendo.

Ahí se vió lo solidarios que podían ser aquellos pandilleros con su propio deseo. No hubo quien no estuviera dispuesto a ceder parte de sus raciones alimentarias. Se dice que Hoess, cuando tenía un almuerzo de trabajo con sus superiores, se traía disimuladamente —es para mi esposa, decía— un paquetito con algunas de las delicadezas que nunca faltaban, o más bien, que siempre sobraban en las comilonas de los genocidas. El Principito fue el prisionero mejor alimentado no digamos de ese Campo sino de todo el Reich. Patés, caviars, vinos, coñacs, lo que quisiera lo tenía. Y era de absoluta justicia que así fuera. ¿Acaso no era un auténtico príncipe rumano? Se dice que fue Hoess —al fin y al cabo él tenía la autoridad para hacerlo— el que decidió racionar la dieta libidinal del cuerpo de oficiales SS. No más de diez podían visitar al príncipe por día. Los sueños más locos del Principito se hacían realidad. Tenía un auténtico harén de garañones que lo mimaban y cuidaban como si fuera Catalina la Grande. Como no podía creer que había finalmente llegado al Paraíso, se le ocurrió testear la solidez de aquella maravilla imposible. Pidió un día que los diez autorizados concurrieran juntos a su Divino Burdel. Una vez que los tuvo ahí les pidió que se masturbaran, y que estando todos a punto él pasaría uno por uno a recibir el producto. Les aseguró que con un shock seminal de esa índole estaría finalmente recuperado. Nadie protestó. Todos se pusieron manos a la obra, bromeando y con buen ánimo. No faltaron los mutuos favores para llegar al punto justo. Menudearon las mutuas mamadas. Algún gracioso, en medio de la faena de los briosos oficiales, dijo que si alguno se disparaba en la boca de un camarada negándos-

le el débito al príncipe, recibiría veinticinco latigazos y un mes de castigo en solitario. Finalmente todos estuvieron a punto. Más de uno estaba colorado, congestionado por el esfuerzo de aguantar el lechazo. Pero disciplina es disciplina, y un SS sabe de eso. Entonces el príncipe fue hincando una rodilla en tierra frente a cada uno de ellos y con un meneo delicado se soltaba en la boca la acabada. Cuando por fin tuvo a los diez desinflados y jadeantes, con aquel gesto elegante y bastante maricón que se le conocía bien en los salones de la alta sociedad, los despidió agradeciéndoles el esfuerzo y pidiéndoles que se le dejara descansar por el resto del día.

Ese fue su día de gloria. Había alcanzado un perfecto estado de beatitud. Hubiera sido perfecto que ese día terminara su cautiverio. Pero de ninguna manera lo iban a dejar en libertad hombres para los cuales él ya no era un prisionero sino que era verdaderamente El Bien Supremo, el Néctar de la Verdad y de la Vida. De todas maneras me permito imaginarlo cruzando, finalmente libre, los pesados portones de Dachau: avanza lentamente, en éxtasis, los ojos en blanco, como el Duque de Blangis devenido Cristo cruza el portón del Castillo de Selligny luego de 120 jornadas de encerrona al final de “La Edad de Oro” de Buñuel. No pudo ser, lamentablemente. De haber sido posible tendríamos en lugar del raquítrico pasaje en las memorias de Hoess, su propia y auténtica y pletórica versión de los hechos. De todas maneras, aquel fue su gran día: recostado en su camastro, liberado por fin de toda tensión deseante, libando coñac y manducando galletitas con cañar, sonriendo de oreja a oreja se decía que para eso había

venido al mundo, para llegar a decapitar al monstruo de su deseo, así tuviera siete o setenta cabezas. Suspiraba, y le pedía a Dios que el Tercer Reich durara mil años.

* * *

Estuve lo suficientemente cerca de Alina como para comprobar que, aunque tenemos prácticamente la misma altura, centímetro más o menos, sus muñecas y sus tobillos son más gruesos que los míos, y sus hombros son más anchos que los míos. Esto fue en la panadería, a media mañana. Estaba otra vez ventoso. Tengo la impresión de que en enero cada vez hay menos días buenos para la playa. Demasiado a menudo hay viento fuerte, sea del sudeste o del sudoeste. Ella estaba siendo atendida y yo me paré a su lado, un poco detrás de ella. Tiene puesta la vincha que usa en la playa, un suéter liviano de color blanco, jeans y romanitas. Con el mismo rosado palidísimo se ha pintado los labios y las uñas de las manos y de los pies. No creo que Alina se haya pintarrajeado así. Seguro que fue la otra que lo hizo. Nada peor que ese rosado desmayado sobre su piel recontrabronceada. La ha disfrazado de payasa y la ha enviado a hacer los mandados. Es como si la otra me enviara un mensaje, invitándome a burlarme de la elegida de mi corazón. Mensaje innecesario: sé hasta qué punto Alina tiene pinta de torpe, de pasmada, de persona sensible a lo bestia y poco hábil para la vida práctica. La panaderita ha ido a buscarle algo a la trastienda y yo aprovecho para acercármele bastante, con la intención de olerla. De dejarme penetrar por su aura. Zombi como es, sé que no se va a dar cuenta de mi audacia. El pelo le huele a manza-

nas. La espalda a lavanda. Entonces me doy cuenta de que delante tenemos un espejo y que ella ve lo que hago. ¿Ve lo que hago? No exactamente. Ella se está mirando a los ojos. Obviamente que ve al tipo flaco, blancuzco, de frente enorme y cara angostándose hacia la pera que se inclina hacia ella, pero lo que es mirar, lo que mira es sus propios ojos. En ese instante comprendí. Ella, como yo, es una prisionera de las imágenes. No le importo yo en la imagen, alguien que pudiera eventualmente gustarle o no, alguien con quien tener eventualmente algo, lo que fuera, o no. Lo que le importa es la imagen misma: ella siendo olisqueada por un desconocido. Y digo olisqueada porque por muy torpe, por menos coordinada que sea, debe de haber relacionado mi cercanía en la imagen con el susurro de mis olisqueos. Con esa imagen puede ella después hacer algo, lo que quiera, lo que sea capaz de imaginar, lo que se le antoje, lo que desee. Y bien, sí: prisionera de la imagen. ¿Y qué? ¿Eso me sirve para algo, puedo hacer algo con eso? ¿Puedo reconvertirlo a mi sistema? Quizá. Y si no, no importa. Si encaja puedo conservarlo, si no encaja simplemente lo borro. La realidad no importa. No es para ser real que la quiero, sino para ser lo que yo quiera. Ha regresado la panadera y me he alejado de Alina, como interesado en la vitrina de los bizcochos. La oigo liquidar la transacción y salir. Ha sido la tercera vez que nos hemos cruzado fuera del anonimato masivo y obscuro de la playa. No quiero que vuelva a suceder. Siento que estoy ya muy cerca de la culminación con ella y no quiero que la marea errática y viscosa de la realidad venga a arruinar un trabajo tan cuidadoso. Lo que necesito de ella ya lo tengo. En mi juego

hay que tener un sentido muy justo del equilibrio. Un poquito de más, es demasiado.

* * *

Con lentes, sin lentes. La Ingenua, la Existencialista. Todavía no lo puedo creer. Veintipico de siestas después —es sobre todo a la hora de la siesta que me entretengo con mi peculiar *trompe l'oeil*, porque por la noche sombras inoportunas destruyen el efecto— y todavía no puedo creerlo. Insisto en pensar que no hay tal *trompe l'oeil*, que es un invento de mi mente, una especie de maliciosa alucinación, pero adopto la actitud experimental más objetiva y fría de que soy capaz y el chiste sigue ahí. Ahora bien, me resulta casi imposible pensar que se trata de algo deliberadamente elaborado por el autor del cuadrito. ¿Alguien podría elaborar un *trompe l'oeil* que sólo pudiera ser resuelto por un miope que se parara a unos dos metros de la obra y se pusiera y sacara los lentes una y otra vez? Absurdo. Por supuesto que no. O sea: la imagen doble está efectivamente ahí pero no es producto de una intención sino de la pura casualidad. Esta imagen, vista desde aproximadamente dos metros de distancia por un miope de tantas dioptrías, sin los lentes puestos se convierte en esta otra.

Esta manera de ver las cosas —la doble imagen como algo no deliberado— implica por lo menos dos conclusiones. Primera: que la segunda imagen, la Existencialista, pudo ser la obra del subconsciente del pintor. El pintor puso ahí a la Ingenua, y su subconsciente, su inconsciente puso a la Existencialista. El pintor respondía a una vaga nostalgia dieciochesca. Su inconsciente, por el contrario,

respondía al espíritu de los tiempos, al *Zeitgeist* de los años de la postguerra. Segunda conclusión: si yo pude descifrar la antinomia es porque esa antinomia vive también en mí. Y atención, porque aquí es donde el asunto se vuelve sutil. Puntilloso como soy, he regresado hasta el mero comienzo de esta especie de diario para comprobar que lo que voy a proponer tiene el respaldo básico de los hechos. Cosa que comprobé, efectivamente. Lo *primero* que yo vi en ese cuadro, la primera tarde de enero al recostarme para mi primera siesta en la casa que alquilé, fue a la Existencialista. Luego me puse los lentes y vi el “verdadero” cuadro, o sea, a la Ingenua. Así fue y así lo anoté dando comienzo a esta especie de diario. Y ahí está el detalle, como decía Cantinflas. Esta inversión justifica que identifique como también mía, como propia, a la antinomia de marras. No necesité de un término de la antinomia para identificar al otro. Alguien que no fuera yo pero que tuviera mi misma miopía y que se instalara a un par de metros del cuadro y lo mirara con y luego sin —o sin y luego con— lentes, seguramente no hubiera tomado nota del producto del inconsciente del autor, lo hubiera pasado por alto como rareza confusa producto de estar sin lentes —quizá con mucha suerte, hubiera tomado nota del producto del inconsciente *después* de apreciar, poniéndose los lentes, el producto de la consciencia, pero no *antes*—. Yo no sólo tomé nota sino que además tomé nota del producto de su inconsciente *antes* de apreciar lo que su consciencia había producido. Ergo: la antinomia que lo habita también me habita. Por un lado la mujer ingenua, pura, angelical, por el otro la mujer vencida, entregada, humillada.

De pronto me doy cuenta de que, de manera inconsciente, he repartido *al revés* los roles entre las dos damitas que han poblado de ansiedades mis vacaciones estivales: he identificado a Alina con la Existencialista, cuando es obvio que ella es la Ingenua, y he identificado a Ana con la Ingenua, cuando es evidente que vive mucho más que Alina, digamos, al ras de la vida. Baste con sus reiterados desafíos para probarlo. ¿Por qué semejante error? ¿Simplemente porque Alina tiene los hombros anchos como la Existencialista del cuadro, mientras que Ana es menudita como la Ingenua? Pero con esta pregunta he alcanzado los límites de mi perspicacia. ¿Por qué atribuí los roles erróneamente? Basta con tomar nota de lo primero que Alina ofrece a la vista —que es lo primero de que tomé nota en estos apuntes, precisamente—, o sea, su mirada de niña, entre sorprendida y asustada, para comprender que ella es la Ingenua. Y sin embargo la he invitado a participar de mi placer disfrazada de Existencialista. Basta tomar nota de las miradas invitadoras de Ana para comprender que ha dejado de ser ingenua hace mucho y que está resignada a las migajas que el azar le arrime. Y sin embargo la he involucrado en las derivas de mi compulsión disfrazada de Ingenua.

He aquí cómo, tirando del cabito, se desenreda el mate. Veamos: ¿qué hubiera sucedido si hubiera atribuido correctamente los roles? ¡Está claro! No hubiera podido enamorarme de Alina. De Alina me enamoré —y esto consta desde el comienzo en estos apuntes— porque en ella se conjugaban *los dos* términos de la antinomia. Físicamente es la Existencialista —del cuadro, se entiende— pero espi-

ritualmente es la Ingenua —y por cierto que del todo, hasta la tontera. No atribuí erróneamente los roles, entonces, lo que hice fue construir a mi amor tal y como la necesitaba: las dos en una. Y *a posteriori*, sólo residualmente y por su insistencia, dejé entrar a Ana en el juego de disfraces. Creo que con esto queda restituido el orden en mi Reino.

* * *

Me despierta, poco después de las siete de la mañana, un rayo de sol que, después de recorrer unos ciento cincuenta millones de quilómetros y de zafar en vuelo rasantte de la copa de los eucaliptos de ahí enfrente, se cuela por las rendijas de la persiana de mi dormitorio y viene a aterrizarse directamente sobre mis ojos, con tanta intensidad y brío después del tal viaje, que consigue deslumbrarme aunque tenga los ojos cerrados. Un mensajero de su Invicta Majestad, el Sol, ha venido a iluminar y a entibiar mi despertar. Me doy una ducha. Lo mejor de esta casa es la presión del agua, es un verdadero hidromasaje. Se debe a que estoy a un par de cuerdas del depósito de OSE. Media hora de hidromasaje. Sin ducharme al despertar todo es imposible para mí. Sin pasar por estas aguas lustrales me resulta imposible zafar de las babas de la noche. Desayuno: café con leche, tostadas con manteca y queso. No hay comida que disfrute más que el desayuno. Me siento a leer en el porche. Mil pájaros saludan mi aparición. También algunas chicharras tempraneras. Va a ser un día de bochorro. Leo *Vida y destino* de Vassili Grossman. “¿Tendría alguna novela gorda para las vacaciones, por favor?”. Hay que escribir un libro así... Implica haber pasado por todas

estas cosas horrendas, y la voluntad de dar cuenta de ellas. Yo he pasado por una guerra (sucía) y he vivido en dictadura, y no los encontré interesantes ni significativos, para nada. No me han parecido más que detalles lamentables en el paisaje de lo humano. Si fuera escritor no les daría más lugar que como eso, como tales detalles. Otras cosas son las que me parecen interesantes y significativas, no la brutalidad y la maldad. Como a las diez de la mañana comparece bostezando el expropietario del perrito histérico. Me ve. Se le corta el bostezo. Se queda mirándome. Evidentemente que sospecha de mí, el solitario forastero que no saluda a nadie. No basta con sospechar. Van a hacerle falta pruebas. A las diez y media bajo a la playa. Multitudes. Recuerdo que hoy es sábado. Cuando uno ya no sabe qué día es, significa que ha descansado suficiente. Fin de semana a pleno sol. El balneario a tope. Instalo la sombrilla, abro mi silla. Leo. A las once y poco pasan Alina y Ana. Idénticas a sí mismas, como en un *loop*. Como en *La Invención de Morel*, como en *El mago* de Fowles. Finjo seguir leyendo, no mirarlas. Ana me mira al pasar. Alina ciega, o empastillada. Faltaría nomás que Ana la llevara de la mano. Es lo mismo, ya no me importa, no quiero más datos. El vaso está medio lleno y medio vacío. Perfecto. Al rato regresan. Insisto en no mirarlas directamente. Ana insiste en mirarme directamente. “Vamos muchacho”, parece decir, “ya se acaba enero, regalémonos un buen recuerdo de estas vacaciones, una alegría para recordar, estoy inmejorablemente dispuesta para que sacudas tus feos huesos encima de mí”. “Dios te bendiga, sigue tu camino. Erraste”. Con el mar rechato como está oigo el motor de la

lancha de los pescadores cuando aún está muy lejos. Cierro el libro y voy a su encuentro. Una morruda brótola, recién pescada, a mitad de precio que en Montevideo. Enciendo un fueguito y envuelta en papel de plomo la cocino en la parrilla. Hiervo un par de papas para acompañar. Preparo un mojo de ajo y perejil. Bebo medio litro de agua fría al llegar de la playa, pero no bebo durante la comida. Después de comer, una ducha rápida y me recuesto para dormir la siesta. Completamente desnudo. Me aflojo hasta la ingravidez. Cierro los ojos. Un colibrí libando cerca de mi ventana. Discretísimos gorjeitos de colibrí. Lejos, lejos el motor de una cortadora de césped. Un perro que ladra. Gritos de niños. El mundo en su absurdo persistir, en su absurdo insistir existiendo. En su abrumadora sincronía. Todas las cosas que suceden en todo el mundo en este mismo instante. Si pudiera contemplarlas a todas a la vez uno sería... ¿qué? ¿Dios?... sería una hipermente, la mente de un ser no humano. Hiato. Apagón. Despierto completamente embotado. He dormido quizá una hora y media. Sólo una ducha puede despejarme. Y un café. Voy de compras. No voy más de compras para el lado de la costa. No quiero verla más. No quiero más información. Marcho hacia el norte. Al supermercado y pulpería "La Familia", que atiende un tipo borracho a la hora que sea. El embotamiento ha dejado el paso a una especie de irritación sorda. Aprieto los dientes, me crujen. Me siento a leer en el porche pero mi mirada resbala sobre la jungla de garabatos incapaz de engancharse en ninguno. Debajo del libraco tengo la pija dura. La sensualidad me ahoga, mi mente no es capaz de fijarse en nada. Deseo de abrir el

cuerpo y dejar fluir el semen, como una flor deja salir el polen, al viento, a la nada. Al sol, sí, al Sol. Deseo de desnudarme y ofrecer mi río interior al Sol. Al enorme, inabarcable Ojo Solar. Cedo. Eso es lo que quiero. ¿Por qué no habría de tenerlo? Rodeo la casa. En el fondo hay una reposera. La saco de la sombra, la oriento hacia el sol. Me desnudo. Me siento. Cierro los ojos. Doy mi piel al Sol de la tarde. La verga, erecta, se recuesta sobre mi vientre. La tomo, desnudo el glande, apretó hasta que se abre la boquita. Pescado de las profundidades, sin ojos, boqueando su asfixia. Cierro los ojos. Me pajeo despacito, con movimientos largos y lentos. Siento como el estallido baja a lo largo de mi cuerpo y se concentra en la cabeza de la verga. Me detengo. Lo dejo pasar. Recomienzo. Avanzo hasta asomarme al abismo, pero no salto. Otra vez lo dejo pasar. Abro los ojos y miro al Sol, hasta que me deslumbra completamente, hasta que estoy dentro de la luz. Me pajeo dentro de la luz. Siento la inminencia del orgasmo en toda la piel. Me siento deslumbrador e incandescente, disuelto en el Sol. Si pudiera ahora dejar de vivir mi vida humana y devenir sólo esto. Sólo esto. Este cuerpo ausente, esta mente ausente, este ser de luz, de pura delicia flotando en la nada. Sólo mi mano, imprescindible, me une al mundo humano, como un hilo al globo que quiere remontar hacia el cielo azul. Si pudiera ahora dar el último meneo y entregarme al fluir... pero para después ya no volver, no caer hacia el mundo, sino seguir y seguir perdiéndome en la luz sin límites hasta desaparecer, hasta devenir átomo de luz en la luz. Pero no, eso no sucedería. Tengo que esperar. Sé cuál es mi juego. La paja perfecta, liberadora. No hay apu-

ro. Mi mano, sabia, es mi cable a tierra. Se detiene, suelta la verga, la deja cabecear el aire hasta aterrizar otra vez, blandamente, sobre mi vientre. Despierto del ensueño. Acabé, pero para dentro. La fuerza está en mí. Falta poco para la paja perfecta. Salgo a caminar, a quemar energías. Voy hasta el arroyo. Arroyo lo llaman, para mí que es un río. Miro a los niños saltar al agua desde el puente. Fantasía de que se partan la cabeza contra una roca en el fondo. La masa de agua se desplaza lentamente hacia la mar. Que es el morir. Me siento en la orilla con los pies en el agua. Los cangrejos de río me caminan sobre los pies. Me hacen cosquillas. Cuando regreso a casa está anocheciendo. Ceno fideos y el resto de la brótola. Es luna nueva, me dan ganas de salir a caminar alejándome de las luces, para ver las estrellas. Pero a esta hora, como suele suceder, me gana la pereza, o el cansancio. Quizá mañana. Leo. El mismo libro que por la mañana. Tomando nota de peripecias tan horribles pienso lo que siempre: la gente no es capaz de sustraerse a los espantosos remolinos de la Historia porque se sienten parte de la Historia, no saben pensarse fuera, no saben alejarse de la moledora de humanos, no saben considerar a la Historia desde la dorada lejanía. Celan: "Elogio de la lejanía". Me corto las uñas de las manos y de los pies. Las recojo cuidadosamente. Veinte uñitas. Hago con ellas un pequeño envoltorio. Lo entierro junto al laurel de jardín. Esta es tierra fértil. Quizá antes deirme llegue a ver brotar ahí unos pies y unas manos. Después me tiro en la cama. Suspiro hondo. Dejo que todo me pese. Quizá ahora el homúnculo, el príncipe rumano, el Principito...

Después, un día, como si ya no estuviera en un Campo sino lejos, en una especie de delicioso *Venusberg* donde todo serían amabilidades, usted primero, como usted guste, sírvase usted mismo, como si en todo momento cualquier situación fuera graciosamente reversible sin suspicacia, sin daño, sin mala intención alguna, el Principito le pidió dulcemente al muchachón rubicundo que le estaba chupando la pija que se bajara los pantalones y se pusiera en cuatro. El muchacho obedeció, como si fueran órdenes del Führer, totalmente olvidado de la dignidad y el respeto que le exigían las insignias de oficial de las SS que llevaba en el uniforme. El príncipe se humedeció la punta de la verga y se dispuso a deslizarla entre aquellas nalgas tan duras como las de un corredor de larga distancia. Difícil tarea, la puerta resistía, a pesar del culeo solidario del oficial, ansioso por ser penetrado. Ingenioso y decidido a lograr lo suyo el príncipe untó entonces la broca con la nata que se había formado en el tazón de leche de su interrumpido desayuno. Esta vez sí, la boquita reticente engulló el anzuelo. Suspiró de encanto el muchachón, tan encantado como la modistilla que entregó el culito para no dar el mal paso. El príncipe se preocupó especialmente por hacerle sentir al beneficiado las bellezas de una buena enclada. Estuvo tierno, fantasioso, paciente, y cuando ya no pudo más, arrastró al SS a la correntada del orgasmo unánime propinándole una buena paja. No tardó en ser *vox populi* entre el cuerpo de oficiales que el Principito cogía, además, como los dioses, y uno por uno los habitués del burdel fueron sintiendo la cosquilla de la curiosidad. Aun los más reticentes terminaron por hacer la prueba. Mientras cum-

plían sus funciones de rutina en el Campo sentían cómo el culo se les contraía y se les aflojaba caprichosamente, como exigiendo su parte en la tan mentada novedad. Y no tardaban en tenerla. Al fin y al cabo, de hacerse chupar la pija por un puto a chupársela, había bastante más distancia que pasar de chupársela a ofrecerle las nalgas.

¡Qué maravilloso grupo llegó a ser aquel! Incluido el príncipe, por supuesto. No tardaron en desaparecer los antifaces y los pasamontañas. La celda del príncipe poco a poco se fue convirtiendo en una habitación de ensueño, en una fiesta permanente. Aquel hombrecito absurdo del que se burlaban y al que acosaban llegó a ser para aquellos rudos verdugos el Ángel de las Revelaciones, el proveedor de las más exquisitas, de las más esenciales sabidurías secretas. Una misma emoción, una misma iluminación del alma los llevaba, con cualquier excusa, por pura alegría profunda, a tomarse de las manos y a besarse en las bocas. Se formaron parejitas, se ataron y desataron fidelidades e infidelidades, se vivió hasta el hastío la libertad impensable, absoluta, la felicidad de todas las promiscuidades imaginables. El burdel se convirtió en *sancta sanctorum* de un nuevo culto al placer que tomó como Libro Sagrado, por supuesto, el que el príncipe tenía tatuado sobre la piel. Ceremonias interminables acabaron por agotar los placeres que el Libro Sagrado proponía. Se perdió toda vergüenza. Una sola cosa no hizo aquel fanatizado grupo de conversos y esa fue llevar la buena nueva a los demás habitantes del Campo, iniciar una catequización masiva, dejar que la fe revelada desbordara sobre el resto de los mortales. Eso no. Porque imbéciles no eran. Sabían que si aque-

llo salía fuera de los límites del grupo serían fusilados sin demora, quizá ni siquiera fusilados, ya que eso podía ser considerado un honor impropio, sino colgados como carne de matadero.

El momento maravilloso de fraternidad sexual que aquel grupo de hombres compartió intensamente justo antes del comienzo de la Gran Conflagración en la que todos ellos, o la gran mayoría, perdieron la vida, aquel momento maravilloso en el que se permitieron la soberana generosidad de poder nombrarse a sí mismos y a sus más cercanos compañeros de armas con el vertiginoso mote, remoquete o sobrenombre de chupapijas, culo roto o bufarrón, debía chisporrotear hasta apagarse en la noche más oscura de la historia. Y es por eso, y esta es la verdad verdadera, que Hoess se calla la boca a pesar de estar escribiendo su verdad al pie del patíbulo. Por fidelidad a los camaradas de promiscuidad y de destino militar. Y es por eso que Hoess, que sabía que habían corrido rumores escandalosos respecto de la presencia del príncipe rumano en el Campo, inventó ese final inocuo para el Gurú y Maestro Iniciador. Pero no, no murió de debilidad de tanto masturbarse, reventó su corazón porque no pudo soportar tanta felicidad, no pudo soportar ver realizado, vencido, decapitado al más desmesurado de todos los deseos imaginables.

* * *

Hete aquí que no puedo más. Esta vez ya no habrá manera de retroceder en el último instante. Nada va a apaciguar esta vez a la Bestia. Voy a remontarme tan alto como pueda y una vez allá arriba voy a pinchar el globo. Porque

no va más. La alternativa sería cortar las amarras, zarpar, volverme loco. Empiezo la caminata, la subida al cielo: ración de laboratorio recorro una y otra vez cada rincón de la casa, empalmado como para partir piedras. Camino y camino y camino, jadeando, los labios secos, la cabezota desnuda de la verga apuntando al techo, los conductos interiores obstruidos por un semen tan espeso como el dulce de leche. Inútil darle con una mano y después con la otra, tengo que correr y saltar, para que empuje y se licúe. Tengo que salir al monte. Es una noche fresca. Aúlla lejos un perro al que han dejado solo. Me acerco a las casas iluminadas, las espío. Cualquier cosa, una voz, alguien sacando una bolsa de basura, la escena más banal, todo está erotizado, cualquier cosa podría detonarme. Ahí hay algo: es una mujer limpiando con un palito la suela de un zapato de su hombre, que ha pisado mierda. El olor a mierda, el hacer el trabajo inmundano para beneficio del otro, merecerá quizá una recompensa, un polvo, nada especial, de parados, sin mucha ceremonia. La hace acabar, pero él no acaba, se guarda los cartuchos porque esa noche tiene pensado salir de cacería. Después ella se sienta en la silla de la cocina porque las piernas le tiemblan, pero no mucho tiempo tiene allí sentada cuando ya él le advierte que si no hay nada para comer no importa, que come afuera. Eso, lo que queda, las migajas del festín conyugal, si es que alguna vez existió semejante cosa. Más allá, un tipo, apoyada la espalda contra su auto, fuma tranquilamente, mirando el cielo nocturno. Es un tipo robusto, con la cabeza cuadradota, como hecha de granito. Cabeza de gladiador, de boxeador, de invicto. En el humo que expulsa reverbera la luz platea-

da de la luna. Me recuerda a Buñuel al comienzo de “Un perro andaluz”. Todo serenidad y potencia. Los ojos cargados de inmensidades. Un tipo así te rompe el culo y después te vacía un ojo con una navaja. Me escupo una mano y le doy con todo, me escupo la otra y le doy con todo, pero no sirve, sigo atascado. Que venga y que abra del todo, con un tajo de su navaja, la boquita reseca, para que se vierta de una vez por todas mi jugo de luna. Después hay una muchachita abrazada a un árbol, tan quieta que pensé que era algún tipo de escultura. Cuando me acerco veo que no está tan quieta, frota su pubis despacito contra la dura corteza. Suspira quedito, un suspiro contenido, apenas alcanzado. Veo que su cuerpo tenso vibra, como en el punto del máximo esfuerzo. Me acerco más. Tiene la mejilla aplastada contra la dura corteza. Me mira de reojo. “Me está cogiendo”, dice moviendo para hablar sólo la mitad de la cara. Y sigue suspirando cortito, quebrado. Le pongo una mano sobre las nalgas, me mira de reojo, no dice nada. Le levanto el vestido. En efecto, una rama gruesa y nudosa ha perforado el calzón virginal y le ocupa la vagina. “Hija mía, no es poca cosa que te coja un fresno”, le digo para consolarla. “¿Es violación?”, le pregunto, interesado. “Para nada”, dice. Le toco entonces la otra puerta. Los labios del culito se aprietan y se aflojan con el ritmo de la cogida que el fresno y la muchachita se propinan. Insinuado un dedo, el vaivén me lo masajea, como invitándolo a irse cuerpo adentro. Me ha venido saliva a la boca. La dejo gotear sobre la cabeza de la verga. Igual va a ser duro para ella. La abro con las dos manos y empujo. Victoria. Atravieso todo, desgarrando y rompiendo, en una marcha triunfal, hasta que

topo con la punta de la verga contra la dureza del fresno. Ahora la dulce muchachita nos coge a ambos, sube y baja a lo largo de ambos. Ha dejado de suspirar y parece estar encomendando su alma a la piedad divina. “¿Acaso te estoy violando?”, le pregunto, preocupado. Dice: “En ningún momento”. Me doy cuenta de que, poco a poco, me voy convirtiendo en árbol. “¿Qué tipo de árbol?”, me pregunto. “Un roble”, me responde solícito el fresno.

* * *

Vení ahora, Alina. Muchos fueron los rodeos pero ya estoy aquí. Pronto para vos, para que tu piel toque la mía, para que tu cuerpo pese sobre el mío, para que tu torpeza compita con la mía. Tengo el cuerpo roto de correr toda la noche en la espesura, los brazos y las piernas, el pecho y la cara lastimados, azotados por las ramas vivas y desgarrados por las ramas secas. Tengo espinas clavadas en los pies. He cosechado una suela de abrojos corriendo descalzo y a ciegas. Tropecé con piedras y raíces y caí de cara en la hojarasca. Ni sé cómo llegué hasta mi cama. Y sigo con la pija dura, insensible, como si fuera una triste prótesis de madera. ¡Cuando en realidad es, finalmente, sin dudas, el cuerno de diamante! De manera que estoy pronto. No puedo más. Vení ahora, porque si ahora no estoy pronto para vos, no voy a estarlo nunca. Y si vos no podés sacarme de esta tortura, nadie puede. He manchado de polvo y de sudor y barro las sábanas de lino, que eran de mi madre, he caído sobre ellas como si fueran mi mortaja, como un cadáver encontrado en lo profundo del monte, cadáver de ahorcado, con la verga erecta. Vení y dibujá sobre

mi piel terrosa y lacerada las letras de tu nombre, Alina. A-a. Haceme tuyo, Alina, ahora, muerto dame otra vida libándome el alma. Mirá cómo retoman la paja interminable mis manos yertas. Pero mirá... ¡mirá!, fluyo ahora, liberado, sin temores, sin aplazamientos, hacia la mar que está en tu cuerpo y al que se llega por tu boca. Vení, así, inclínate sobre mi vientre con tus grandes ojos de insecto libador. Libá mi alma, tragátela así, toda, haceme sentir una vez, aunque ya esté muerto, haceme sentir completo y colmado. ¡Belleza de Alina! Belleza de la mujer que liba del cuerpo del que ama. Vení que estoy tan a punto que me derramo, vení que sube, espesa, la erupción de mi alma. Comete lo mejor de mí, mi éxtasis, mi gel de vida, mi código secreto, mi gelatina. Chupá con fuerza para que no quede nada. Para que resplandezcan sin detrito alguno todos mis rincones. Sentí como se hincha y revienta la cabeza en lo hondo de tu garganta, bien abierta la boquita para dejar fluir la correntada. Tragá y tragá y tragá, tragátelo todo, amor de mi vida, mirame con la sorpresa de tus ojos desbocados cuando sientas que te quema, cuerpo adentro, la acabada. Chupá de mi enorme pezón erecto, de mi columna santa, de estilita, sentí cómo te llena estéril las tripas lo más puro de mi alma, la llamarada, la luz, el fogonazo en el que en este instante eterno se incendia el Universo. Y ¡basta! pido yo, y pedís vos, pero no acaba, esta vez no va a acabar hasta dejarme seco, hasta dejar de arena y polvo resecos toda por dentro la aborrecible cáscara de mi ser. Y entonces sí, vas a poder besarme con tu boca con olor a verga, con sabor a semen, asfixiarme con tu olor insoporrible a sudor y a bronceador y a chupapijas estival, playera,

olvidable para siempre. Vení ahora sí, grandota, autómata, muñecota, *pouppée*, aplastame con tus hombros anchos, con tus macizas tetas, haceme sentir ya para siempre completo, vacío, abandonado, solo.

* * *

Después hubo dos días más sin playa. Cada vez son menos los días buenos en enero. Se está yendo a la mierda el clima, y con el clima el planeta entero, y con el planeta toda huella del efímero bicho humano. Al tercer día volví a la playa. Nomás para despedirme. Todo se había cumplido, enero se acababa, y yo estaba curado. No daba para más y ya tenía ganas de irme para casa. Pero no pasaron. Alina y Ana no pasaron. ¿Se fueron? ¿Ninguna de las dos era en realidad de aquí y se fueron cada una por su lado o juntas, como sea? Volví a casa y preparé los bolsos. Pero antes de irme tenía que saber algo más. Ahora que todo había pasado, que el ciclo se había cumplido con éxito absoluto, que flotaba ingrávito y vacío, me dejé ganar por la curiosidad. Ya no importaba. Caminé hasta la casita en las afueras del balneario. Una mujer rubia y morruda, de mediana edad, doblada por la cintura limpiaba de cizañas su jardín. Buen día, le digo. Se endereza y se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano. “Busco a unas amigas, que si no me equivoco viven aquí”, digo. Si estaban aún ahí y la rubia las llamaba y salían fingiría haberme equivocado. Consideraría el encuentro fugaz como despedida. Pero la mujer dijo: “Ah, las muchachas... ya se fueron, ayer se fueron”. “Qué lástima, quería saludarlas”, expreso. “Si quiere le doy el número de teléfono que tengo, el de una de

ellas”, ofreció. “No, gracias, yo tengo sus teléfonos”, digo. Se queda mirándome, amable, sonriente. “Usted debe de ser Alma”, arriesgo. “La misma”, dijo. Fue todo. Saludé bruscamente, y torpe como siempre, me alejé.

Descolgué el cuadrito de la pared del dormitorio. No era un original, por supuesto, sino una copia impresa sobre cartulina. La tapa de una revista, probablemente, porque detrás había propaganda de zapatos femeninos, de los años cuarenta o cincuenta, como mucho. Quemé la cartulina y tiré a la basura el marquito con vidrio y todo. No soy un ladrón, no me lo podía llevar. Y si ofrecía un dinero en la inmobiliaria y me lo llevaba se convertiría de alguna manera en una obsesión, en un objeto demasiado cargado. Tampoco podía dejarlo ahí. Nuestra relación había sido demasiado intensa. También dejándolo allí se convertiría en una obsesión. Terminaría por volver al balneario a buscarlo. Mejor así: quemado, destruido, y disolviéndose lentamente en mi memoria. Los de la inmobiliaria no creo que le prestaran demasiada atención al detalle. Y si se ponían pesados que me lo cobraran. Una cantidad simbólica, por supuesto.

Índice

I	7
II	59

